



CLÁSICOS  
A MEDIDA



# Viaje al centro de la Tierra

Julio Verne

Lectulandia

Viaje al centro de la Tierra es la segunda aventura imaginada por Julio Verne de una larga serie que, con más de cincuenta entregas, estaría escribiendo durante toda su vida.

Sin duda Verne tenía un espíritu aventurero que necesitaba salir de vez en cuando a darse una vuelta. En esta ocasión, el escritor francés, se encarna por partida doble en la persona del profesor Lidenbrock, un excéntrico científico alemán, y su sobrino Axel, joven aún y huérfano, aprendiz de geólogo, que vive bajo su protección.

El objetivo de la aventura que les une a los dos es demostrar que se puede llegar hasta el mismísimo centro de la Tierra siguiendo las huellas de Arne Saknussemm, un antiguo escritor del siglo XVI, investigador y viajero, que dejó un manuscrito secreto con las claves para realizar la expedición.

Con este argumento, Verne nos arrastra a una historia descabellada de aventuras y continuas sorpresas que ponen a prueba hasta el límite a sus protagonistas. La historia es narrada por Axel, quien escribe para compartir los recuerdos de su aventura. Es una especie de diario de viaje que, en la propia obra, en una mezcla de realidad y ficción, él dice haber entregado para su publicación por entregas semanales, con grandísimo éxito entre los lectores.

Uno de los viajes más fascinantes de la literatura en una edición adaptada para facilitar su lectura.

Jules Verne

# Viaje al centro de la Tierra

Clásicos a medida 30

ePub r1.0

Titivillus 24.03.2026

Título original: *Voyage au centre de la Terre*

Jules Verne, 1864

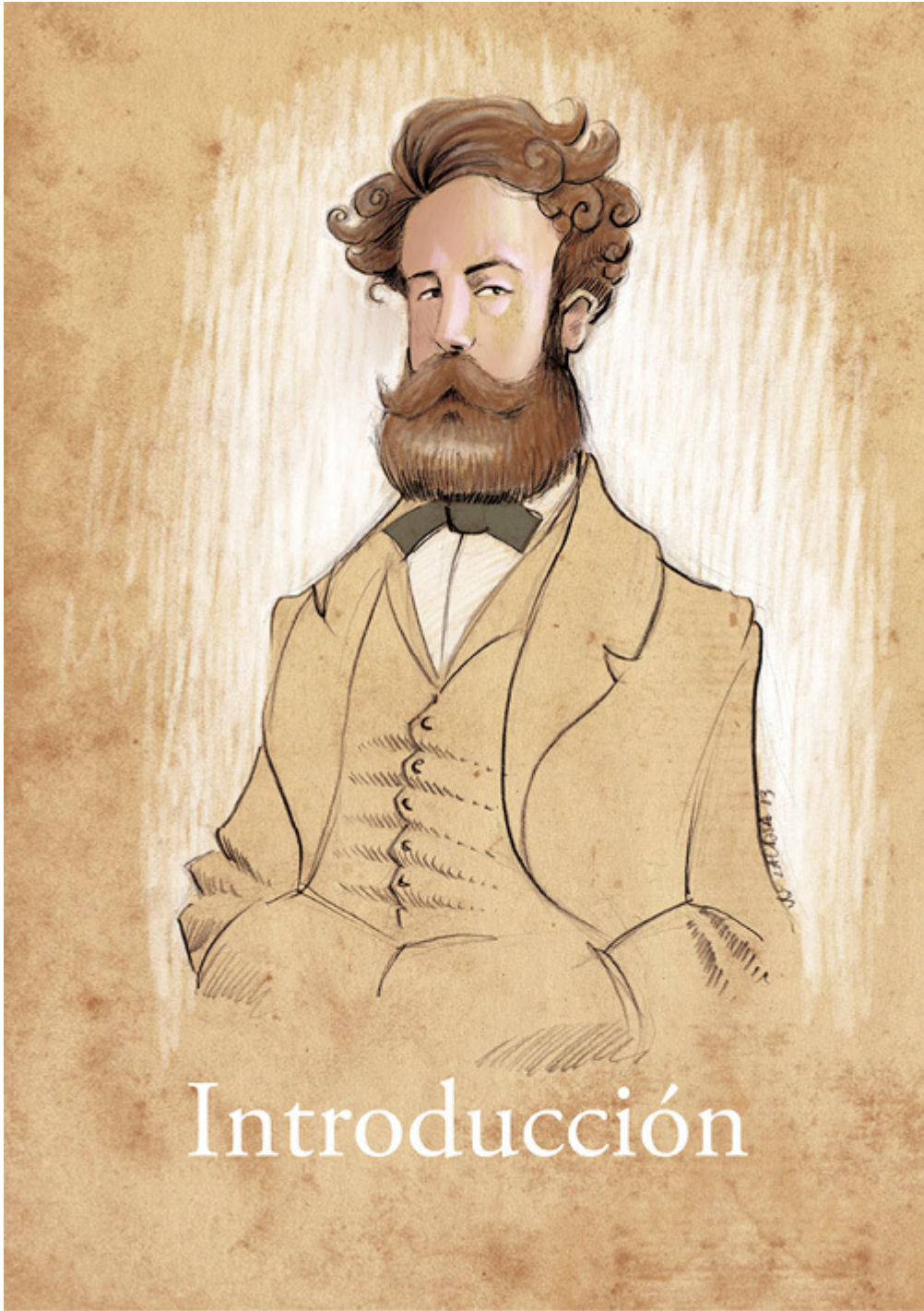
Adaptación: Manuel Yruela Guerrero

Ilustraciones: Javier Lacasta Llacer

Editor digital: Titivillus

ePub base r3.0 (ePub 3)

**Aa** Para una óptima experiencia de lectura, use la opción *Fuente Original / Fuente del editor / Predeterminada*.



## **La aventura te espera**

*Viaje al centro de la Tierra* es la segunda aventura imaginada por Julio Verne de una larga serie que, con más de cincuenta entregas, estaría escribiendo durante toda su vida. Sin duda Verne tenía un espíritu aventurero que necesitaba salir de vez en cuando a darse una vuelta. En esta ocasión, el escritor francés se encarna por partida doble en la persona del profesor Lidenbrock, un excéntrico científico alemán, y su sobrino Axel, joven aún y huérfano, aprendiz de geólogo, que vive bajo su protección. El objetivo de la aventura que les une a los dos es demostrar que se puede llegar hasta el mismísimo centro de la Tierra siguiendo las huellas de Arne Saknussemm, un antiguo escritor del siglo XVI, investigador y viajero, que dejó un manuscrito secreto con las claves para realizar la expedición.

Con este argumento, Verne nos arrastra a una historia descabellada de aventuras y continuas sorpresas que ponen a prueba hasta el límite a sus protagonistas. La historia es narrada por Axel, quien escribe para compartir los recuerdos de su aventura. Es una especie de diario de viaje que, en la propia obra, en una mezcla de realidad y ficción, él dice haber entregado para su publicación por entregas semanales, con grandísimo éxito entre los lectores.

En el viaje cuentan con la ayuda inestimable de Hans, un islandés impasible que afronta el peligro, en palabras de Verne, con la calma y la indiferencia de un oriental. El cuadro de personajes principales se completa con la hermosa Graüben, una linda muchacha que vive acogida en casa del profesor, de la que Axel está perdidamente enamorado. Y aunque secundario, es un personaje esencial para el transcurso de la aventura, puesto que es el motor que empuja a Axel en sus momentos de duda con la promesa de boda a su regreso.

## **Viajes extraordinarios**

La novela aparece en 1864 como segunda entrega de la serie titulada *Viajes extraordinarios*, que se había iniciado el año anterior con *Cinco semanas en globo*. Desde entonces, y hasta su muerte, Verne no dejó de añadir títulos a la colección hasta alcanzar los sesenta, algunos publicados después de su muerte. Algunos títulos alcanzaron enseguida una enorme fama e hicieron de Verne un escritor de prestigio, bien conocido en todo el mundo. Muchos de ellos se publicaron por entregas en la prensa semanal y algunos se cuentan entre los libros más traducidos de toda la historia de la literatura universal. Los más celebres son bien conocidos por todos: *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *De la Tierra a la Luna*, *Los hijos del capitán Grant*, *Miguel Strogoff*, *La vuelta al mundo en ochenta días* o este *Viaje al centro de la Tierra*.

En palabras de su editor, la colección pretendía «resumir todos los conocimientos geográficos, geológicos, físicos y astronómicos acumulados por la ciencia moderna». A lo largo de toda la serie, Verne fue dejando huella de las que serían las grandes pasiones de su vida: la literatura, la ciencia y los viajes.

## **Ciencia y literatura**

Si algo dio fama a Julio Verne desde la primer entrega, fue esa habilidad para unir en sus novelas estas grandes aficiones. Se le ha llamado visionario, adelantado a su tiempo, futurista y muchas otras cosas. Todas ellas llaman la atención sobre cómo fue capaz de hacer realidad en sus libros avances que la ciencia aún tardaría en conocer o logros del hombre que aún estaban por realizarse. En la lista de sus previsiones futuristas pueden incluirse los cohetes espaciales en *De la Tierra a la Luna*, o el submarino de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, los más conocidos, pero podrían añadirse el helicóptero, los viajes en globo, los carros de combate, el cine sonoro, la exploración de los polos y muchas cosas más.

*Viaje al centro de la Tierra* se adentra en la exploración de las entrañas de la corteza terrestre para confirmar algunas cuestiones de actualidad del momento sobre la geología del planeta: su composición y estructura, y la manera en que se distribuye la temperatura en su interior, es decir, si el núcleo debía estar fundido por la gran cantidad de calor o no.

Pero de igual manera que el viaje se adentra en las profundidades del globo, se adentra también en su historia natural. El profesor Lidenbrock, su sobrino Axel y Hans, el guía, tienen que enfrentarse a todo un recorrido por el pasado, por las sucesivas etapas que marcaron la vida de la Tierra y de las especies que la habitaron desde la época de los primeros seres vivos. Con ellos, y a través de sus aventuras, asistimos a una auténtica lección de paleontología en la que podemos ir reconstruyendo los sucesivos períodos de la historia terrestre de la mano de sus grandes cataclismos, sus períodos geológicos y sus especies desaparecidas.

## **Nuestra edición**

La edición que presentamos es una adaptación abreviada hecha sobre el original francés con la intención de acercar la obra al joven lector actual sin privarlo de la posibilidad de disfrutar del espíritu del autor y de su época. Se ha sustituido la división en capítulos numerados de la edición francesa por otra en partes, menos numerosas, en las que figura un título indicativo de su contenido. Las palabras en lengua islandesa y danesa no se han traducido; se ha pretendido así mantener el efecto de extrañeza que quería conseguir el autor con ellas.



Viaje al centro de la  
Tierra

## Capítulo I

### **En la casa de Königstrasse**

El veinticuatro de mayo de 1863, domingo, mi tío, el profesor Lidenbrock, volvió precipitadamente a su pequeña casa en el número 19 de Königstrasse, una de las calles más antiguas del barrio viejo de Hamburgo.

Marta, la criada, debió de pensar que andaba muy retrasada porque la comida apenas empezaba a hervir en el fuego de la cocina. Mi tío era el más impaciente de los hombres y a buen seguro pondría el grito en el cielo.

—¿El señor Lidenbrock tan temprano? —exclamó la criada desde la puerta del comedor.

—Sí, pero aún no han dado las dos y, no es hora de comer todavía.

—¿Por qué vuelve entonces? —preguntó—. ¡Ahí está! —dijo al oír la puerta—. Yo me quito de en medio, hágale usted entrar en razón, señor Axel.

Y la criada se volvió a su cocina.

Me quedé solo. Iba a subir a mi cuarto para no enfrentarme a su mal humor, cuando entró él haciendo crujir la madera de los escalones. Tiró su bastón a una esquina, el sombrero sobre la mesa y gritó:

—Axel, sígueme.



Y enseguida, con impaciencia:

—¿Pero todavía no estás aquí?

Otto Lidenbrock no era un mal hombre. Era profesor en el Johannaem donde daba clases de Mineralogía. No le importaba tener alumnos o no, ni que fueran atentos, ni lo que pudiera ser de ellos después de pasar por sus manos. Era un sabio egoísta, un pozo de ciencia del que costaba sacar cualquier cosa, un avaro. Daba las clases para sí mismo, y solía montar en

cólera una o dos veces en cada clase. Hay algunos profesores de esta clase en Alemania.

Por desgracia, mi tío se atascaba a veces con las palabras, algo poco apropiado para un orador. En ocasiones, durante la explicación, se paraba de pronto y se ponía a pelear con una palabra que no quería salir de sus labios, una de esas palabras que se resisten y que acaban por salir de la boca entre maldiciones. En Mineralogía hay palabras difíciles de pronunciar: cristalizaciones romboédricas, resinas retinasfálticas, genesitas, molibdatos de plomo, tungstenos de manganeso, titanatos de circonio... Incluso la lengua más diestra puede trabarse.

En la ciudad conocían el defecto de mi tío y se burlaban de él. Había muchos que acudían a sus clases esperando el momento en que se atascara para reírse de sus ataques de ira.

No obstante, era un verdadero sabio y el nombre de Lidenbrock era reconocido entre los más afamados geólogos del mundo. Suyos eran importantes descubrimientos, y suyo también el *Tratado de cristalografía trascendente*, un enorme libro con ilustraciones, aparecido en Leipzig en 1853, que sin embargo ni siquiera había conseguido cubrir los gastos.

Este era mi tío, el que ahora me llamaba con tanta impaciencia. Era alto, delgado y con una salud de hierro, y lucía un rubio juvenil que le hacía parecer diez años más joven de cincuenta que tenía. Vivía en su casita de Königstrasse, una casa de madera y ladrillo que daba a uno de los sinuosos canales que cruzan por medio del barrio más antiguo de Hamburgo.

Mi tío no dejaba de ser rico, para lo que suele serlo un profesor alemán. La casa le pertenecía por completo, continente y contenido. El contenido era su ahijada Graüben, una joven virlandesa<sup>[1]</sup> de diecisiete años; Marta, la criada; y yo, que en mi doble condición de sobrino y huérfano, me convertí en ayudante de sus experimentos. En realidad, me aficioné a la geología y nunca me aburría con las piedras.

En definitiva, se podía vivir feliz en aquella pequeña casa, a pesar de las impacencias de su propietario, porque, aun comportándose a veces de una manera un poco brutal, no por ello me quería menos. Pero este hombre no sabía esperar, así que corrí a su despacho.

Su despacho era un verdadero museo. Había muestras del reino mineral al completo etiquetadas y perfectamente ordenadas conforme a las tres grandes clases de minerales: inflamables, metálicos y litoides.

Al entrar en el despacho, sin embargo, no pensaba en estas maravillas, sino solo en mi tío. Estaba hundido en su amplio sillón tapizado de terciopelo de Utrech, y tenía entre las manos un libro que observaba absorto con admiración.

—¡Qué libro, qué libro! —exclamaba—. ¡Bueno!, ¿es que no lo ves? Mira el tesoro que he encontrado esta mañana rebuscando en la tienda del judío Hevelius.

—¡Magnífico! —respondí con entusiasmo fingido—. ¿Y cuál es el título de ese libro maravilloso?

Era demasiado exagerado para que no se notara.

—¡Esta obra —respondió mi tío animándose— es el *Heims-Kringla*, de Snorre Turleson, el famoso autor islandés del siglo XII! ¡Es la crónica de los príncipes noruegos que reinaron en Islandia!

—¡Vaya! —exclamé lo mejor que pude—. ¿Y es hermosa la impresión de ese libro?

—¡Impresión! ¿Quién habla de impresos? Es un manuscrito, ignorante, y un manuscrito rúnico.

—¿Rúnico?

—Sí. ¿Hace falta que te explique lo que es?

No contesté, pero mi tío siguió hablando sin hacerme caso.

—Las runas —continuó— eran caracteres de escritura usados antiguamente en Islandia, y según la tradición fueron inventados por el mismísimo Odín. Observa y admira, desgraciado, estos signos han salido de la imaginación de un dios.



En ese momento, algo vino a desviar el curso de la conversación. Un pergamino mugriento resbaló del libro y cayó al suelo.

Mi tío se precipitó sobre aquella cosa con una avidez fácil de comprender. Un viejo documento, oculto en un libro antiguo. No podía ser más apetitoso.

—¿Qué es esto? —exclamó al mismo tiempo que desplegaba con cuidado sobre su mesa un trozo de pergamino de cinco pulgadas<sup>[2]</sup> de largo por tres de ancho, en el que había escritas unas líneas de signos extraños.



## Capítulo II

# Un sorprendente descubrimiento

El profesor observó durante unos instantes y luego, quitándose los lentes, dijo:

—¡Es rúnico! ¡Estos signos son idénticos a los del manuscrito de Snorre Turleson! Pero... ¿qué pueden significar?

En ese momento sonaron las dos en el reloj de la chimenea y Marta abrió la puerta del gabinete diciendo:

—La sopa está servida.

—¡Al diablo la sopa! —exclamó mi tío—, ¡y quien la haya hecho y quienes la han de comer!

Marta salió huyendo sin mediar palabra, y yo la seguí hasta el comedor. El profesor no acudió. Era la primera vez que lo veía faltar en el momento de la comida. El almuerzo era magnífico y yo comí con gran apetito.

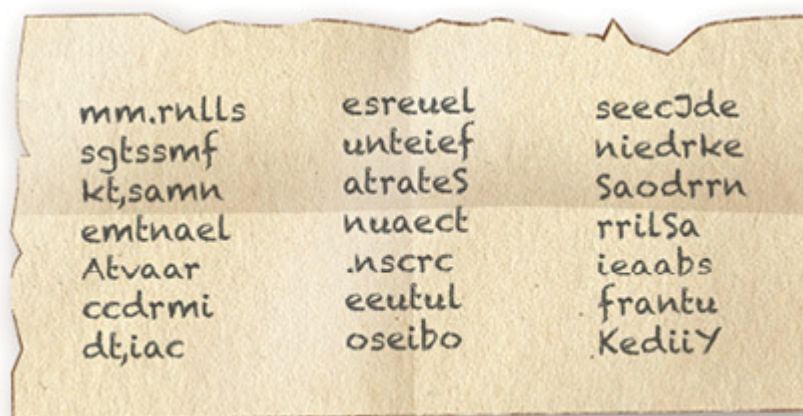
—¡Jamás he visto cosa parecida! —decía Marta—. ¡El señor Lidenbrock faltando a la mesa! Es increíble. No es buena señal, algo tiene que ocurrir.

En mi opinión aquello no presagiaba más que la terrible escena de que mi tío fuera a comer y no encontrara su almuerzo.

Ya estaba acabando, cuando una voz estruendosa vino a dejarme sin postre.

—Evidentemente se trata de rúnico —dijo el profesor frunciendo el ceño—. Pero hay un secreto y lo voy a descubrir, como que me llamo Lidenbrock. Ponte ahí —dijo señalando la mesa—, y escribe. Te voy a dictar la letra que corresponde a cada uno de estos signos. Veremos lo que resulta. Pero ¡por san Miguel!, guárdate bien de equivocarte.

Me dictó las letras una por una y el resultado fue esta incomprensible sucesión de palabras:



—Esto es lo que llamamos un criptograma —dijo—. El sentido está oculto bajo las letras revueltas adrede, pero, ordenadas convenientemente, ese sentido aparecerá. ¡Quizá esté aquí la explicación de un importante descubrimiento!

El profesor cogió entonces el libro y el pergamino y los comparó.

—Estas dos escrituras no son de la misma mano —dijo—. El criptograma es posterior al libro, y hay una prueba indiscutible. La primera letra es una doble «m», que nunca podría encontrar en el libro de Turleson, porque no se añadió al alfabeto islandés hasta el siglo XIV. Por tanto hay al menos doscientos años entre el manuscrito y el documento.

Esto me pareció muy lógico, lo admito.

—Lo que me lleva a pensar —prosiguió— que uno de los propietarios del libro tuvo que ser quien dibujó las letras. ¿Pero quién diablos pudo ser?

Mi tío se quitó los lentes, cogió una potente lupa y repasó meticulosamente las primeras páginas del libro. A la vuelta de la segunda, descubrió una especie de mancha que parecía un borrón de tinta. Sin embargo, observando de cerca, se distinguían algunas letras medio borradas. Enseguida comprendió que allí estaba lo interesante. Se volcó sobre la mancha y, con la ayuda de su gruesa lupa, terminó por reconocer estas letras rúnicas.



—¡Arne Saknussem! —gritó triunfante—. Resulta que es un nombre, y un nombre islandés además, de un sabio del siglo XVI, un alquimista famoso.

Yo miraba a mi tío asombrado.

Pudiera ser que este Saknussem hubiera escondido bajo este criptograma algún descubrimiento sorprendente.

La imaginación del profesor se inflamaba.

—Saknussem era un hombre instruido —siguió—; y si no escribía en su lengua materna, tenía que elegir la lengua corriente entre los estudiosos de su época, es decir, el latín. Los sabios del siglo XVI escribían generalmente en esta lengua. Tengo derecho, por tanto, a decir que *a priori* esto es latín.

Di un brinco en mi silla. Mis recuerdos de estudiante se resistían a la posibilidad de que aquellas palabras enrevesadas pudieran ser latinas.

—Examinémoslo bien —dijo cogiendo de nuevo la hoja en la que yo había escrito—. Tenemos ciento treinta y dos letras en aparente desorden. Hay palabras en las que solo hay consonantes como la primera, *mm.rnlls*, pero otras en las que abundan las vocales, como en la quinta, *unteief*, o la antepenúltima, *oseibo*. Este orden tiene que venir dado matemáticamente por una ley que hay que descubrir. El que tenga la clave de este cifrado podrá leerlo de corrido. Pero ¿cuál es la clave?, Axel, ¿tienes tú esa clave?

No respondí. Mi ojos se habían detenido en un retrato encantador que había en la pared, el retrato de Graüben. Era una linda muchacha, rubia, de ojos azules, un poco seria, pero no por eso me amaba menos. Por mi parte, yo la adoraba, si es que ese verbo existe en la lengua alemana. La imagen de mi pequeña virlandesa me llevó en un instante del mundo de las realidades al de los recuerdos.

Volví a ver a la fiel compañera de mis trabajos y mis placeres. Ella me ayudaba a ordenar las preciosas piedras de mi tío y las etiquetaba

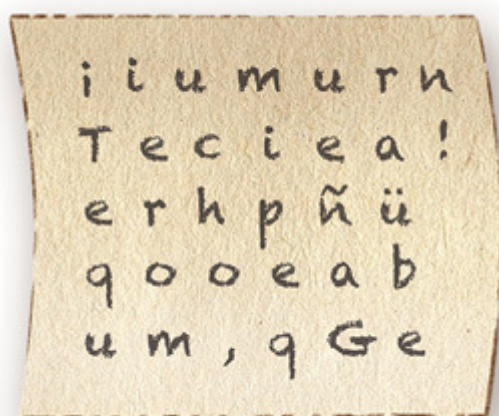
conmigo. ¡Qué buena mineralogista la señorita Graüben! ¡Qué dulces las horas que habíamos pasado estudiando juntos, y cuánto envidiaba yo la suerte de aquellas piedras que ella cogía con sus dulces manos!

Salíamos de paseo, cogidos de la mano, camino del viejo molino al otro lado del lago. Yo le contaba cosas que a ella le hacían mucha gracia y así llegábamos hasta las orillas del Elba. Dábamos las buenas noches a los cisnes y regresábamos en el barco de vapor.

En estas ensoñaciones estaba yo cuando mi tío me devolvió a la realidad de un puñetazo en la mesa.

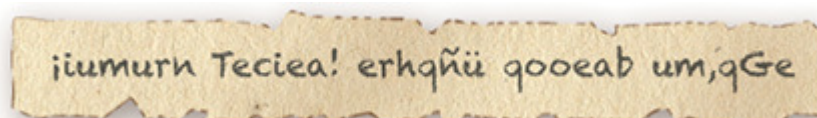
—Vamos a ver —dijo—, la primera idea que se le puede ocurrir a alguien para embrollar las letras de una frase, me parece, será escribir las palabras verticalmente en lugar de hacerlo en horizontal. Hay que ver lo que sale de esa manera. Axel, escribe una frase cualquiera en este trozo de papel, pero en vez de poner las letras una detrás de otra, ponlas en columnas verticales en grupos de cinco o seis.

—Entendí lo que quería y escribí de arriba abajo:



—Bien —dijo el profesor sin haberlo leído—. Ahora pon estas palabras en una línea horizontal.

Obedecí y obtuve la siguiente frase:



—¡Perfecto! —dijo mi tío arrebatándome el papel de las manos—. Ahora bien, para leer la frase que acabas de escribir, y que yo no conozco, me bastará tomar sucesivamente la primera letra de cada palabra, después la segunda, la tercera, y así hasta el final.

Y mi tío, con gran asombro de su parte, y sobre todo de la mía, leyó:

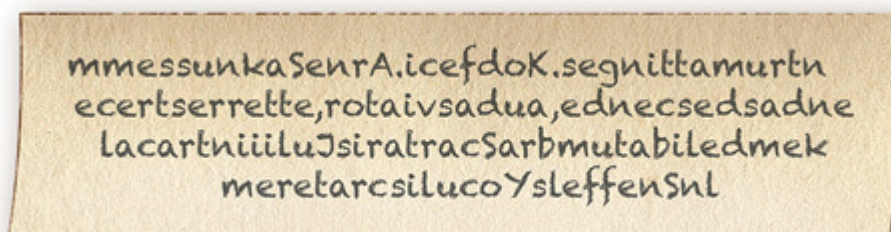
*¡Te quiero mucho, mi pequeña Graüben!*

—¿Cómo? ¿Conque quieres a Graüben? —dijo muy serio.

Sin darme cuenta, había escrito esta frase comprometedora.

—Sí... No..., pero... —balbuceé.

Él volvió a su pergamino. Lo cogió emocionado entre las manos y se dispuso a leer ordenadamente las letras de cada palabra:



También yo estaba emocionado. Debo confesar que esperaba que el profesor dejara salir de sus labios pomposamente una frase en perfecto latín, pero en lugar de eso dio un violento puñetazo en la mesa diciendo:

—¡No es esto! ¡No puede ser, no tiene sentido!

Entonces, cruzando el gabinete como una bala y bajando las escaleras precipitadamente, salió a la calle y echó a correr.

—¿Se ha ido? —preguntó Marta.

—¡Sí! —respondí yo—. ¡Ido del todo!

—¿Y el almuerzo?

—No almorzaré.

—¿Y la cena?

—No cenaré.

—¿Cómo? —dijo ella juntando las manos.



—No, querida Marta, no volverá a comer, ni nadie en la casa. Mi tío Lidenbrock nos pone a dieta hasta que haya descifrado un viejo enigma que es absolutamente indescifrable.

La vieja sirvienta, alarmada, volvió a su cocina gimoteando, y cuando me quedé solo, me vino la idea de ir a contárselo todo a Graüben. Pero ¿cómo dejar la casa? El profesor podía volver en cualquier momento. ¿Qué ocurriría si no estaba?

Me puse a ordenar una colección de minerales que acabábamos de recibir. Después de una hora, había terminado. Encendí entonces mi pipa y me dejé caer en el sillón. De vez en cuando intentaba escuchar si se oían pasos en las escaleras, pero no. ¿Dónde estaría mi tío en aquel momento? ¿Volvería triunfante o desanimado?

Haciéndome estas preguntas, cogí la hoja de papel sobre la que había escrito aquellas letras incomprensibles. Intenté agruparlas para que formaran palabras, las juntaba en grupos de dos, de tres, de cuatro, de cinco o de seis, pero era imposible, no resultaba nada. Obtuve las palabras inglesas *ice*, *sir*, pero nada más. Al fin, en medio del documento, obtuve las palabras latinas *rota*, *mutabile*, *ira*, *nec*, *atra*.

Pensé que aquellas palabras daban la razón a mi tío sobre la lengua en que estaban escritas. Aunque en la tercera línea se leía *tabiled*, que es hebreo, y en la última, *mer*, *arc* y *mère*, que son claramente francesas. ¡Para volverse loco! Cuatro idiomas diferentes en aquella frase absurda. ¿Qué relación podía haber entre las palabras *hielo*, *señor*, *rueda*, *ira*, *mudable*, *mar*, *arco* o *madre*?

Luchaba con una dificultad sin solución; me ardía la cabeza. Las ciento treinta y dos letras parecían dar vueltas como lágrimas de plata danzando a mi alrededor.

Me hacía falta el aire. Me abaniqué con la hoja de papel viendo las letras que se me venían a los ojos. ¡Y cuál no sería mi sorpresa, cuando en una de las rápidas vueltas del abanico, en el momento en que la cara escrita se volvía hacia mí, creí ver unas palabras perfectamente legibles, palabras latinas como *craterem* y *terrestre*!

En un instante se me hizo la luz. Temblé de emoción. Ahora me bastaba echar un vistazo para descifrar el secreto. Intenté calmarme, di un par de vueltas a la habitación y me senté de nuevo. Me incliné sobre la mesa y fui poniendo mi dedo sucesivamente sobre cada letra, mientras pronunciaba en voz alta la frase entera.

Al terminar, me sentí súbitamente golpeado por el terror. No podía ser. Lo que acababa de saber se había logrado. ¡Un hombre había tenido la audacia de penetrar...!

—¡Ah! —exclamé—. No, no. Mi tío no puede saberlo. ¡Solo faltaría que llegara a saber de semejante viaje! ¡Querría probar también! Nada

podría detenerlo. Y me llevaría con él, y no regresaríamos nunca. ¡Nunca!

Mi excitación era difícil de describir.

—¡No, no, no puede ser! —me dije—. Podría descubrir también la clave. Lo destruiré.

Había restos de fuego en la chimenea. Cogí no solo la hoja de papel, sino también el manuscrito de Saknussem dispuesto a arrojarlos al fuego, pero en ese instante se abrió la puerta y apareció.

Apenas tuve tiempo de dejarlo todo en la mesa. El profesor Lidenbrock parecía profundamente absorto. Se sentó en su sillón y, con la pluma en la mano, se puso a escribir fórmulas matemáticas. Yo no lo perdía de vista. Tres horas estuvo trabajando en completo silencio sin levantar la cabeza, escribiendo, tachando y volviendo a escribir. Yo sabía que si daba con la clave, tendría la frase. Pero también que había millones de combinaciones posibles para las ciento treinta y dos letras, así que de momento estaba tranquilo.

El tiempo pasó y se hizo de noche. Los ruidos de la calle cesaron. Entró Marta preguntando si cenaríamos, pero se fue sin respuesta. Resistí algún tiempo, pero al fin el sueño pudo conmigo y me quedé dormido en una esquina del sofá.

Cuando desperté, el infatigable trabajador seguía allí pálido, con los ojos enrojecidos y el pelo revuelto. Me dio pena. Estaba tan poseído por su idea que olvidaba incluso enfurecerse. Con un solo gesto podía liberarlo, con una sola palabra, y sin embargo no lo hice.

«No hablaré —repetía para mis adentros—. Querría ir, lo conozco, nada podría detenerlo. Por hacer lo que otros geólogos no han hecho, arriesgaría su vida. Darle la clave del secreto sería matarlo. Que lo adivine si puede. No quiero tener que reprocharme un día haberlo llevado a su perdición».

Me crucé de brazos dispuesto a esperar, pero no había contado con lo que ocurriría horas después. Cuando Marta quiso salir para ir al mercado, encontró la puerta cerrada. La llave no estaba en la cerradura. Tuve la impresión de que no iba a haber almuerzo, como tampoco había habido cena la víspera. Marta, la buena mujer, se lo tomaba muy en serio y estaba desolada.

Mi tío trabajaba sin cesar. Su imaginación se perdía en las combinaciones de letras. Estaba ausente, lejos de la tierra y de las necesidades terrenas.

A mediodía, el hambre apretaba. Marta había gastado la víspera todas las provisiones de la despensa: no quedaba nada en la casa. Pero había que aguantar, era una cuestión de honor.

Cuando dieron las dos, sin embargo, empezaba a pensar que todo aquello era ridículo, que podía descifrar él solo la clave del documento y entonces el ayuno habría sido inútil. Lo que la víspera me hubiera indignado, ahora me parecía totalmente razonable. Pensé incluso que era absurdo haber esperado tanto, así que decidí contárselo todo.

—Tío —le dije, pero no pareció escuchar.

—Tío Lidenbrock —repetí más alto—, ¿qué hay de la clave?

El profesor me miró por debajo de sus gafas, viendo sin duda algo raro en mi cara. Me agarró fuertemente del brazo y, sin poder hablar, me interrogó con la mirada. Nunca una pregunta fue formulada de una manera más clara.

Yo moví la cabeza de arriba abajo. Él me miró como suplicante, y yo hice un gesto más claramente afirmativo. Entonces, sus ojos brillaron con un vivo destello. Su mano se volvió amenazante.

—¡Sí, esa clave...! El azar.

—¿Qué dices? —exclamó con una indescriptible emoción.

—Mire —dije, presentándole la hoja de papel sobre la que había escrito—. Lea.

—¡Pero esto no significa nada! —respondió él arrugando la hoja.

—Nada, si se empieza a leer por el principio, pero si se hace por el final...

—¡Ah, ingenioso Saknussemm! —exclamó.

Y lanzándose sobre la hoja de papel, con la voz emocionada, leyó el documento entero de la primera a la última letra.

In Sneffels Yoculis craterem kem delibat  
umbra Scartaris Julii intra calendas descende,  
audas viator, et terrestre centrum attinges.  
Kod feci. Arne Saknussem.

Lo que del mal latín puede traducirse así:

Desciende al cráter del Yocul Sneffels  
que la sombra del Scartaris acaricia antes  
de las calendas de Julio, viajero audaz, y  
llegarás al centro de la Tierra como yo lo he hecho.  
Arne Saknussem.

Mi tío saltó como un muelle y se puso a recorrer la habitación a un lado y a otro, moviendo las sillas, cogiendo las piedras y haciendo malabares con ellas.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las tres —respondí.

—¡Vaya! ¡Qué pronto se ha pasado la hora de comer! Me muero de hambre. Ahora a la mesa. Y luego...

—¿Luego?

—Harás las maletas.

## Capítulo III

### Los preparativos

No repetiré las maldiciones de mi tío porque la mesa no estuviera ya puesta. Durante la comida estuvo casi alegre, con esas bromas de sabio que nunca tienen mala intención.

«Bueno —pensé—, está de buen humor».

—Ante todo —empezó—, te recomiendo el secreto más absoluto, ¿me entiendes? No me faltan envidias en el mundo de los sabios, y muchos querrían hacer este viaje.

—¿Tan grande cree usted —le dije— que es el número de los valientes?

—Sin duda. ¿Quién no querría alcanzar semejante fama?

—Si este documento fuera conocido, un ejército entero de geólogos se lanzaría tras las huellas de Arne Saknussemm.

—¿Y se puede tener la certeza de que ese Saknussemm haya realizado el viaje?

Casi me arrepentí de haberlo dicho. El profesor frunció sus espesas cejas y temí que hubiera terminado ahí la conversación. Afortunadamente no fue así. Le pregunté entonces por los nombres que aparecían en la frase: Yocul, Sneffels y Scartaris, pues nunca había oído hablar de ellos, y haciéndome una señal, me ordenó que cogiera un atlas de la estantería.

Obedecí y abriéndolo me enseñó un mapa de Islandia.

—Mira esta isla formada por volcanes —dijo—. Todos ellos llevan el nombre de Yocul. Esta palabra quiere decir *glaciar* en islandés. Debido a la latitud, la mayoría de las erupciones se producen aquí a través de las capas de hielo. Por eso, el nombre de Yocul se da a todas las montañas volcánicas de la isla.

—Bien —respondí—, pero ¿qué es el Sneffels?

—¿Ves Reikiavik, la capital? Si sigues los fiordos de la costa, llegas a una península en forma de hueso que acaba en una especie de rótula. Esa rótula es el Sneffels. Es una montaña de cinco mil pies<sup>[3]</sup>, y a buen seguro que se convertirá en la más famosa del mundo entero, si su cráter lleva al centro del globo.

—Nos queda una última palabra —repuse yo—. ¿Qué significa Scartaris, y a qué vienen las calendas de julio?

—El Sneffels está formado por varios cráteres —contestó—, y Saknussem tenía que señalar el que lleva al centro de la Tierra. Observó que en las calendas de julio, es decir, en los últimos días del mes de junio, uno de los picos de la montaña, el Scartaris, proyectaba su sombra sobre el cráter en cuestión.

Mi tío tenía respuesta para todo. Me vería obligado a admitir que la frase de Saknussem no dejaba lugar a dudas. Pero en cuanto a que él mismo hubiera hecho el viaje y hubiera vuelto, si es que siquiera lo había emprendido, ¡no y mil veces no!

—¿Y por qué motivo? —dijo mi tío en tono de burla.

—¡Porque la ciencia demuestra que semejante empresa es imposible! Está demostrado que el calor aumenta un grado aproximadamente por cada setenta pies de profundidad bajo la superficie del globo. Por tanto, si la proporción es constante, en el centro debe haber una temperatura de dos millones de grados. A ese punto, toda la materia tiene que estar en estado gaseoso e incandescente.

—¿Así que lo que te preocupa es el calor? —replicó el profesor—. Tienes miedo de entrar en fusión. Pues has de saber que nadie sabe a ciencia cierta lo que pasa en el interior del globo, ya que apenas si se conoce una parte mínima de su radio. Y hay sabios que han demostrado que, si existiera en el interior de la tierra un calor de dos millones de grados, el gas incandescente de la materia fundida adquiriría una elasticidad tal que la corteza terrestre no podría resistirla y estallaría como una caldera de vapor.

—Eso no es más que una opinión, tío —contesté yo—, nada más.

—¿Recuerdas una visita que me hizo el célebre químico inglés Humphry Davy en 1825?

—En absoluto, porque yo no vine al mundo hasta diecinueve años después.

—Bien, pues Humphry Davy me vino a ver a su paso por Hamburgo. Discutimos la hipótesis del estado líquido del núcleo de la Tierra, y estuvimos de acuerdo en que era imposible.

—¿Y por qué razón? —pregunté algo asombrado.

—Porque esa masa líquida estaría sujeta, como el Océano a la atracción de la Luna, y en consecuencia, dos veces al día, se producirían mareas interiores que, levantando la corteza terrestre, darían lugar a periódicos temblores de tierra.

Empezaba a vacilar ante los argumentos del profesor, que él además defendía con su pasión y su entusiasmo de siempre.

—Lo comprobaremos —añadió—. Como Arne Saknussemm, sabremos a qué atenernos sobre esta gran cuestión.

—¡Bien! Pues sí —respondí contagiado de su entusiasmo—. Sí, lo veremos, si es que allí se ve algo.

—¿Y por qué no? Podemos contar con los fenómenos eléctricos para alumbrarnos, e incluso con la atmósfera, que puede volverse luminosa debido a la presión.

## Capítulo IV

### **Graüben**

Así acabó aquella memorable sesión. Estaba muy excitado, así que salí a la calle a tomar el aire y llegué hasta orillas del Elba, hasta la barca de vapor que comunica la ciudad con el ferrocarril de Hamburgo.

Recordaba ahora haber estado convencido. Sin embargo, una hora después, mi entusiasmo comenzó a apagarse. Mis nervios se calmaron y, desde los profundos abismos de la tierra, volví a la superficie.

Entre tanto, había seguido la orilla del Elba de regreso a la ciudad. Después de subir el puerto, había llegado a la carretera de Altona. Me guiaba un presentimiento, porque pronto divisé a mi pequeña Graüben que regresaba a buen paso hacia Hamburgo.

—¡Graüben! —le grité de lejos.

—Axel —dijo ella sorprendida—. Has venido a buscarme. Eso está bien, caballero.

Pero al mirarme, se dio cuenta de mi nerviosismo.

—¿Qué te pasa? —me dijo, dándome la mano.

En dos segundos y tres frases puse a mi linda virlandesa al corriente de la situación. No sé si su corazón palpitaba tanto como el mío, pero su mano estaba firme. Anduvimos una centena de pasos sin hablar.

—¡Axel! —me dijo por fin—. Será un hermoso viaje.

No pude menos que dar un salto al oír aquellas palabras.

—Sí, Axel, será un viaje digno del sobrino de un sabio. Un hombre debe distinguirse en alguna empresa importante.

—¡Cómo! ¿No vas a intentar disuadirme de semejante expedición?

—No, querido Axel. Y os acompañaría con gusto, si no fuera un estorbo para vosotros.



Estaba desconcertado y, por qué no decirlo, avergonzado. Volvimos en silencio, cogidos de la mano. Habían sido demasiadas emociones. Pensaba, sin embargo, que hasta el mes de julio podían ocurrir muchas cosas, y que mi tío bien podría curarse de su obsesión de viajar al interior de la Tierra.

Se había echado la noche cuando llegamos a la casa de Königstrasse. Esperaba encontrarla tranquila, con mi tío acostado, como de costumbre, y Marta en el comedor, dando su última sacudida con el plumero. Pero no

había contado con la impaciencia del profesor y me lo encontré gritando en medio de un revuelo de porteadores que descargaba mercancías en la calle. La vieja sirvienta no sabía adónde acudir.

—¿Qué haces, Axel? ¡Date prisa, muchacho! —gritó mi tío nada más verme.

Yo me quedé estupefacto. Apenas si mis labios pudieron decir:

—¿Nos vamos entonces?

—Sí, desgraciado. ¿Quién te manda salir de paseo en lugar de estar aquí? Nos vamos pasado mañana a primera hora.

Ya no había lugar a las dudas. Mi tío había ocupado la tarde en reunir parte de las cosas que necesitaba para el viaje. La calle estaba abarrotada de escalas, cuerdas de nudos, antorchas, cantimploras, crampones<sup>[4]</sup>, picos, bastones, piquetas<sup>[5]</sup> y todo ese tipo de cosas.

Al día siguiente, oí que me llamaban temprano. Estaba decidido a no abrir, pero ¿cómo resistir a aquella voz tan dulce?

—Axel querido.

Pensaba que el insomnio y mis ojos enrojecidos tendrían efecto en Graüben y la harían cambiar de opinión.

—¡Ay, querido Axel! —me dijo—, veo que estás mucho mejor.

—¡Mejor! —exclamé.

—Axel —dijo—, he hablado con mi tutor. Es un hombre de gran coraje, y debes recordar que su sangre corre por tus venas. Me ha estado contando sus planes. Lo conseguirá, no tengo la menor duda. ¡Qué hermoso es consagrarse de esa manera a la ciencia! Le espera la gloria y esa gloria será también de su acompañante. A la vuelta serás un hombre, su igual, libre de hablar, de actuar, libre en fin de...

No terminó. Estaba ruborizada, pero sus palabras me daban fuerzas. Fuimos entonces al gabinete del profesor.

—Tío —le dije—, ¿está decidida nuestra marcha?

—¿Cómo? ¿Lo dudas?

Intenté que recapacitara, pero sus razones eran definitivas. Solo había una manera de llegar a Reikiavik, un servicio el 22 de cada mes. Estábamos a 26 de mayo y, si esperábamos al 22 de junio, no llegaríamos a tiempo de ver la sombra del Scartaris sobre el cráter del Sneffels. Por

tanto, había que llegar a Copenhague lo antes posible para buscar un transporte.

—Vete a hacer la maleta inmediatamente —me ordenó.

No había nada que decir. Subí con Graüben a mi habitación y fue ella la que se encargó de hacer mi equipaje.

Durante aquel día, los proveedores de instrumental físico, armas y aparatos eléctricos se multiplicaron. Marta andaba con la cabeza perdida.

—¿Se ha vuelto loco el señor? —preguntaba.

Le hice un gesto afirmativo.

—¿Y se lo lleva a usted con él?

De nuevo el mismo gesto.

—¿Adónde?

Le señalé el centro de la Tierra.

—¿A la bodega? —preguntó.

—Más abajo —le respondí.

A las diez caí rendido en la cama. Pasé la noche con pesadillas de abismos y precipicios por los que caía sin fin. Me desperté a las cinco y bajé al comedor. Mi tío ya estaba en la mesa. A las cinco y media se oyó el carruaje que tenía que llevarnos al ferrocarril de Altona. Subí a por mi maleta y, al bajar, estaba él poniendo solemnemente en manos de Graüben las riendas de la casa. Mi guapa virlandesa conservaba su calma habitual. Abrazó a su tutor, pero no pudo contener una lágrima al rozar mi mejilla con sus dulces labios.

—Graüben —exclamé.

—Vete, querido Axel, vete —me dijo—. Dejas a tu prometida, pero a la vuelta encontrarás a tu mujer.

Estreché a Graüben entre mis brazos como despedida y fui a ocupar mi sitio en el coche. Marta y la muchacha, desde el umbral, nos dieron el último adiós. Luego los dos caballos, espoleados por el silbido del conductor, se lanzaron al galope por la carretera de Altona.

## Capítulo V

### **En marcha**

**A**ltona es el arrabal de Hamburgo donde comienza la línea del ferrocarril de Kiel que debía llevarnos hasta orillas de los Belt<sup>[6]</sup>. En menos de veinte minutos entrábamos en territorio de Holstein.

A las seis y media llegamos a la estación. Todo el voluminoso equipaje fue descargado y vuelto a cargar en el tren, y a las siete estábamos sentados en el compartimento uno frente al otro. La locomotora de vapor silbó y el tren se puso en marcha.

Tres horas duró el viaje hasta Kiel, ya en la costa. Los equipajes fueron llevados directamente a la bodega del barco, el Eleonora. El vapor no zarpaba hasta la noche, así que tuvimos que esperar nueve horas, durante las que mi tío tuvo tiempo de maldecir a la administración de los barcos, el ferrocarril y los gobiernos que toleraban aquel abuso. A las diez y cuarto, largaron por fin las amarras y nos adentramos en aguas del Gran Belt.

Era una noche oscura, había buena brisa, algunas luces de la costa aparecían en la oscuridad. A las siete de la mañana desembarcamos en Korsor, un pueblo pequeño situado en la costa occidental del Seeland. Proseguimos el viaje en tren junto al Sund, y por fin, a las diez de la mañana, poníamos pie en Copenhague.

Nos hospedamos en el hotel Fénix. Paramos apenas un momento para asearnos y enseguida mi tío me arrastró de nuevo a la calle en dirección al Museo de Antigüedades. El profesor tenía una carta de recomendación para su director, el señor Thomson.

En general, un sabio nunca recibe bien a otro sabio, pero en este caso fue todo lo contrario. Fuimos objeto de una cordial bienvenida, y no hace falta decir que el secreto propósito de nuestra expedición fue celosamente guardado. El profesor Thomson se puso a nuestra entera disposición, y

nosotros marchamos a recorrer los muelles en busca de un barco que estuviera dispuesto para zarpar.

No teníamos muchas esperanzas, pero dimos con una pequeña goleta danesa, la Valkiria, que tenía que hacerse a la mar el 2 de junio para Reikiavik. Su capitán, el señor Bjarne, estaba a bordo, y mi tío le estrechó tan efusivamente la mano que casi se la rompió. Él, a cambio, aprovechó para cobrarnos los pasajes al doble de su precio, pero ni siquiera nos importó.



—¡Esto va bien, muy bien! —repetía mi tío—. ¡Qué suerte haber encontrado este barco! Ahora almorcemos y vayamos a visitar la ciudad.

Para mí fue un placer de niño recorrer la ciudad. Mi tío se dejaba llevar. Él no vio nada, ni el palacio del rey, ni el bonito puente del siglo XVII, ni el monumento al escultor Torwaldsen, ni el castillo de Rosenborg. Yo me acordaba de mi bella virlandesa. ¡Qué deliciosos paseos hubiéramos dado Graüben y yo por el puerto donde dormían las fragatas, y por las verdes orillas del estrecho, que ocultaban con sus ramas la ciudadela y sus cañones!

Por fin llegó el día de la partida. La víspera, el amable señor Thomson nos había traído cartas de recomendación para el conde Trampe, gobernador de Islandia, el señor Pietursson, ayudante del obispo, y el señor Finsen, alcalde de Reikiavik. El día 2, a las seis de la mañana, estábamos a bordo de la Valkiria.

—¿Tenemos buen viento? —preguntó mi tío.

—Excelente —respondió el capitán—. Viento del sudeste. Vamos a salir del Sund con todas la velas desplegadas.

Unos instantes después, la goleta entró en el estrecho, y una hora más tarde la capital de Dinamarca parecía hundirse en las olas del horizonte. La Valkiria era buen velero, pero con un barco de vela nunca se sabe qué puede pasar.

—¿Cuánto durará la travesía? —volvió a preguntar mi tío.

—Unos diez días —respondió este—, si no hay borrasca del noroeste al pasar las islas Feroe.

Al atardecer, la goleta dobló el cabo Skagen en el extremo norte de Dinamarca. Durante la noche atravesó el Skagerrak<sup>[Z]</sup> y entró en el mar del Norte. Dos días después divisamos las costas de Escocia. La travesía desde allí fue tranquila, no hubo incidentes, pero mi tío pasó buena parte del viaje encerrado en su camarote completamente mareado y no pudo disfrutar del viaje. El día 11 alcanzamos el cabo Portland y al poco estábamos en Reikiavik.

## Capítulo VI

### **Por fin en Islandia**

El profesor pudo salir por fin de su camarote, un poco pálido y descompuesto, aunque con su buen ánimo habitual. Tenía prisa por abandonar el barco, pero antes me señaló al norte de la bahía una montaña de dos cumbres con nieves perpetuas.

—¡El Sneffels! —exclamó—. ¡El Sneffels!

Me ordenó silencio con una señal y bajamos del barco. Enseguida apareció un hombre con uniforme de general que nos saludó amablemente. Era el barón Trampe, el gobernador de la isla. El profesor le entregó sus cartas de recomendación y mantuvieron una breve conversación en danés de la que no entendí absolutamente nada.

También nos recibió muy amablemente el señor Finsen, el alcalde. En cuanto al señor Pietursson, el ayudante del obispo, estaba de viaje, pero en su nombre conocimos al señor Fridriksson, profesor de Ciencias Naturales en la escuela de Reikiavik. Este modesto sabio no hablaba más que islandés y latín, y, gracias a que usaba la lengua latina, fue la única persona con la que pude entenderme durante nuestra estancia en Islandia.

Después de los recibimientos, mientras mi tío iba a la biblioteca a buscar manuscritos de Sagnussemm, yo aproveché para dar un paseo por la ciudad.

Reikiavik se encuentra en un terreno bajo y pantanoso entre dos colinas. La más larga de las dos calles de la ciudad es paralela a la orilla y está formada por una sucesión de rojas casas de madera, en las que viven los comerciantes y hombres de negocios. La mayoría de la gente estaba ocupada en secar, salar y cargar bacalao, que es el principal artículo de exportación en la isla. Tras un buen paseo, cuando volví a casa del señor Fridriksson, mi tío ya se encontraba allí, y la cena estaba esperando.

El profesor Lidenbrock comió con ganas para reponerse de la dieta del barco. La conversación fue en islandés, entremezclado con algo de alemán de mi tío y algo de latín por parte del señor Fridriksson para que yo pudiera enterarme. Hablaron de cuestiones científicas, pero el profesor estuvo muy reservado y no paró de hacerme señales para que yo hiciera lo mismo. No hubo una palabra sobre nuestros planes.

Mi tío preguntó por Saknussem, puesto que no había encontrado nada en la biblioteca.

—¡Arne Saknussem! —exclamó el señor Fridriksson—. ¿Os referís al famoso sabio del siglo XVI, naturalista, viajero y alquimista?

—El mismo.

—¿Una de las glorias de la literatura y de la ciencia islandesa?

—En efecto.

—No se conserva ni una sola obra de él —respondió el señor Fridriksson—. Arne Saknussem fue perseguido por hereje y sus obras fueron quemadas en Copenhague en 1573.

—Ahora se explica todo. Ya comprendo por qué Saknussem se vio obligado a ocultar en un criptograma el secreto...

—¿Qué secreto?

—Un secreto que... —balbuceó mi tío.

—¿Es que tiene usted algún documento? —preguntó nuestro anfitrión.

—No, no. Solo era una suposición.

—Bueno —dijo el señor Fridriksson, que tuvo la bondad de no insistir viendo el azoramiento de mi tío—. Supongo —siguió— que no dejarán la isla sin dedicar algo de tiempo a su riqueza geológica.

—Un poco tarde para eso, ¿no le parece? Han pasado ya por aquí muchos sabios excelentes.

—Desde luego —respondió el islandés—, pero queda un buen número de montañas, glaciares y volcanes sin estudiar. Sin ir más lejos, mire ese monte que se eleva en el horizonte, el Sneffels. Es uno de los volcanes más curiosos y pocas veces se ha visitado su cráter.

—¿Y está apagado?

—Apagado desde hace quinientos años.

—Bien —respondió mi tío, que cruzaba frenéticamente las piernas por no saltar—. Me ha convencido. Comenzaré mis estudios geológicos por

ese Seffel... Fessel... ¿Cómo dice que se llama?

—Sneffels.

La conversación se estaba desarrollando ahora en latín y podía enterarme de todo. Tenía que hacer esfuerzos para no reír viendo a mi tío hacer muecas de todo tipo para aparentar una inocencia imposible.

—Me parece muy bien, señor Lidenbrock. Allí podrá hacer muchas observaciones curiosas. Tendrá que ir por tierra siguiendo la costa. El camino es muy interesante.

—Bueno —repuso mi tío—. Trataré de buscarme un guía.

—Precisamente iba a ofrecerle uno. Es un hombre de confianza, y habla un danés perfecto.

Quedamos en verlo al día siguiente. Durante la cena, mi tío acababa de conocer algunas cosas importantes, entre otras, la historia de Saksussemm, la razón de su misterioso documento, y que desde el día siguiente tendría un guía a su disposición.

## Capítulo VII

### **Con Hans rumbo al Sneffels**

Aquella noche dormí como un tronco. Cuando desperté, escuché a mi tío hablar en la sala vecina. Me levanté y me apresuré a reunirme con él.

Hablaba en danés con un hombre alto y fornido, con una fortaleza poco común. Sus ojos, a pesar de su cara de ingenuidad, me parecieron inteligentes. Tenía el pelo largo y pelirrojo hasta los hombros. Estaba plantado allí con los brazos cruzados, inmóvil, observando el parloteo de mi tío sin apenas hacer un gesto.

Aquel personaje flemático y silencioso se llamaba Hans Bjelke y venía por recomendación del señor Fridriksson. Era nuestro futuro guía. No se parecía en nada a mi tío, pero ambos se entendieron a la perfección. Hans se comprometía a guiarnos hasta la aldea de Stapi, en la costa meridional de la península del Sneffels, al mismo pie del volcán. Llevaríamos cuatro caballos, dos para carga y otros dos para nosotros; él iría a pie, según su costumbre.

Se fijó la partida para el 16 de junio. Mi tío quiso entregarle un anticipo, pero Hans se negó con una sola palabra:

—*Efter* —dijo.

—Después —tradujo el profesor para que yo pudiera entender.



Quedaban cuarenta y ocho horas que debíamos emplear en los preparativos. Ordenamos todo el equipaje en cuatro partes, el instrumental de un lado, las armas de otro, las herramientas, y finalmente los víveres.

Los instrumentos comprendían un termómetro en grados centígrados, un manómetro de aire comprimido, un cronómetro, dos brújulas, un catalejo de visión nocturna y dos aparatos de Ruhmkorff, que por medio de la electricidad de una pila producen una luz portátil y muy segura. El armamento consistía en dos carabinas y dos revólveres, y además una

buena cantidad de fulmicotón, un explosivo más potente que la pólvora y resistente a la humedad.

La jornada del día 14 cenamos en casa del barón Trampe, en compañía del alcalde de Reikiavik y del doctor Hyatalin, el médico más importante del país. El señor Fridriksson no estaba entre los invitados, y más tarde supimos que el gobernador y él estaban enemistados y no se hablaban. No pude entender una sola palabra de lo que se dijo durante la cena, pero mi tío no dejó de hablar un solo instante.

Al día siguiente, el 15, se terminaron los preparativos. Nuestro anfitrión tuvo la atención de entregar al profesor el mejor mapa de Islandia con el que podía contar, el de Olaf Nikolas Olsen, un valioso documento para cualquier buen geólogo.

La última velada la pasamos de conversación con el señor Fridriksson, por el que yo sentía una gran simpatía. A las cinco de la mañana, me despertó el relincho de cuatro caballos que piafaban bajo mi ventana. Me vestí rápidamente y bajé a la calle. Hans estaba cargando los equipajes. A las seis, todo estaba dispuesto. Agradecemos al señor Fridriksson su hospitalidad, nos estrechamos la mano, y él, con el último adiós, nos dedicó un verso de Virgilio que parecía hecho para nosotros, viajeros de lo desconocido:

*Sigamos el camino que nos depare Fortuna.*

Habíamos salido con tiempo cubierto, pero en calma. Ni lluvia ni mucho calor: tiempo para turistas.

Hans iba en cabeza con paso rápido y firme. Le seguían los dos caballos de carga y nosotros íbamos detrás sobre nuestras pequeñas monturas.

Islandia es una de las islas más grandes de Europa. Tiene mil cuatrocientas millas<sup>[8]</sup> de superficie, pero tan solo sesenta mil habitantes. Los geógrafos la han dividido en cuatro partes y nosotros teníamos que atravesar en diagonal la que lleva el nombre de región del cuarto del suroeste: *Sudvestr Fjordùngr*.

Al dejar Reikiavik, Hans había seguido inmediatamente la costa. Atravesamos terrenos de pasto, tan pobres que apenas si verdeaban. Algunas placas de nieve resplandecían sobre las cimas lejanas. Los picos

más altos que atravesaban las nubes parecían nadar sobre ellas en pleno cielo.

La región se iba haciendo cada vez más desierta. Aquí o allá aparecía una granja aislada, alguna casa de madera o de piedra de lava a orillas de algún camino abandonado. Dos horas después de dejar Reikiavik, llegamos a Gufunes, un pueblo que no era más que un puñado de casas. Allí paró Hans media hora y compartimos nuestro breve almuerzo. Mi tío le hizo algunas preguntas, pero él no respondió más allá de un sí o un no. Dijo que pasaríamos la noche en Gardär, un villorrio que aparecía en el mapa a cuatro millas de allí.

Tres horas después paramos de nuevo para refrescar los caballos. Luego seguimos por una senda cerrada entre una cadena de colinas y el mar, y a las cuatro de la tarde estábamos en el fiordo que debíamos atravesar. Había que esperar al momento en que la marea llega a su punto más alto. Entonces se igualan el flujo y reflujo, y no hay peligro de verse arrastrado contra los escollos.

Tuvimos que esperar hasta las seis de la tarde. Subimos a una especie de barca llana bastante frágil con los cuatro caballos, y necesitamos más de una hora para atravesar el fiordo. Finalmente pudimos pasar sin problemas, y media hora después llegamos a Gardär.

Debía de ser ya de noche, pero estábamos en el paralelo sesenta y cinco, y no tenía que sorprendernos la claridad de aquellas regiones tan cerca del polo. En Islandia, durante los meses de junio y julio, el sol no se pone. La temperatura había bajado y hacía frío. Estábamos hambrientos, así que saludamos muy efusivamente al campesino que nos acogió.

Salió a recibirnos y nos hizo señal de seguirle. Nuestra habitación era una sala grande con suelo de tierra, iluminada por una ventana cuyos cristales estaban hechos de piel de cordero no demasiado transparente.

Cuando terminamos de descargar el equipaje, nuestro anfitrión nos invitó a pasar a la cocina, que era la única habitación donde se hacía fuego. Al entrar, nos saludó con la palabra *saellvertu*, que significa «sed felices», y nos besó en la mejilla.

Su mujer repitió las mismas palabras y el beso, y después, los dos, llevándose la mano al corazón, nos hicieron una reverencia.

No debo olvidar que la islandesa era madre de diecinueve hijos, todos los cuales pululaban en medio del humo de la chimenea. A cada instante se veía una cabecita rubia aparecer en medio de aquella neblina. Enseguida tuvimos a tres o cuatro de aquellos chiquillos encima repitiendo *saellvertu* en todos los tonos imaginables. Sin embargo, con el anuncio de la comida, se hizo el silencio. Era una sopa de líquen nada desagradable. Luego vino un enorme trozo de pescado seco que nadaba en mantequilla agria de hacía por lo menos veinte años, y que, por consiguiente, es mucho mejor que la fresca, según el gusto de los islandeses. Después hubo *skyr*, una especie de leche cuajada, acompañada de galleta y bayas de enebro.

Acabada la comida, los niños desaparecieron, y los adultos rodearon el fuego donde ardían trozos de turba, de brezo, estiércol de vaca y huesos de pescado. Nos calentamos un rato y luego nos fuimos a nuestros cuartos. La islandesa se ofreció a quitarnos los pantalones y los calcetines como muestra de hospitalidad, pero nos negamos. Al día siguiente, a las cinco de la mañana, nos despedimos del campesino y reemprendimos la marcha.

El terreno comenzaba a cambiar haciéndose pantanoso y difícil. Tuvimos que atravesar algunos pequeños fiordos, y también un golfo en marea baja antes de llegar al caserío de Alftanes, una milla más allá.

El 19 de junio encontramos lava por primera vez. Los caballos marchaban bien, las dificultades del suelo no los detenían. Yo empezaba a estar cansado, y, sin embargo, mi tío marchaba como el primer día. Para el guía y para él, aquello no parecía más que un simple paseo.

El día 20 de junio, a las seis de la tarde, llegábamos a Búdir, una aldea al borde del mar. Allí Hans reclamó la paga convenida hasta entonces y mi tío se la entregó. Fue la familia del propio guía la que nos acogió, unos tíos y primos suyos. Yo me hubiera quedado a reponerme del viaje, pero mi tío, que no tenía que reponerse de nada, ordenó la marcha de nuevo al día siguiente.

Ese día comenzamos a rodear la base del Sneffels y, tras veinticuatro horas de marcha, los caballos se detuvieron en la aldea de Stapi. Era la última etapa de nuestro viaje terrestre. Hans nos había conducido hasta allí con inteligencia, y yo me tranquilizaba pensando que seguiría acompañándonos.

Nos hospedamos en casa del rector de la parroquia. Nuestra habitación era estrecha, sucia e infecta. El rector no parecía amigo de la hospitalidad a la antigua usanza. Allí Hans alquiló los servicios de tres islandeses para reemplazar a los caballos de carga. Ellos nos acompañarían hasta la boca del cráter, y desde allí seguiríamos solos. Mi tío hizo saber a nuestro guía que tenía intención de explorar el volcán hasta el final, y Hans asintió sin dar mayor importancia al asunto. No veía diferencia alguna entre recorrer la isla o adentrarse en las entrañas de la Tierra.

En cuanto a mí, cada vez estaba más inquieto. Una preocupación me asaltaba con insistencia. Si Saknussem estaba en lo cierto, nos adentraríamos en el volcán, pero nada nos aseguraba que este estuviese apagado. ¿Qué ocurriría si se preparaba una erupción? Y si el volcán despertaba, ¿qué sería de nosotros?

Fui a buscar a mi tío para exponerle mis preocupaciones, pero él respondió simplemente:

—Lo estaba pensando.

Guardó silencio unos momentos y luego siguió.

—Desde que llegamos a Stapi, he estado preocupado por la grave cuestión que me acabas de plantear. Hace seiscientos años que el Sneffels está mudo, pero puede hablar. Las erupciones van siempre precedidas por fenómenos perfectamente conocidos. He preguntado a los habitantes de la comarca, he estudiado el suelo, y puedo asegurarte, Axel, que no habrá erupción.

Me llevó fuera de la casa a un campo lejos del mar desde el que se divisaban las fumarolas de vapor blanco que se desprendían del suelo. *Reykir* se llaman en lengua islandesa.

—¿Ves todas esas humaredas, Axel? Pues son ellas las que prueban que no tenemos nada que temer.

—¿Por qué? —exclamé.

—Acuérdate bien de esto —prosiguió el profesor—. Cuando se acerca una erupción, esas fumarolas redoblan su actividad primero, y luego desaparecen completamente mientras dura aquella, ya que los vapores, al no tener la presión necesaria, toman el camino del cráter en lugar de escapar a través de las fisuras del terreno. Por lo tanto, si no hay una

actividad anormal de esos vapores, eso quiere decir que no habrá una erupción próxima.

Pasé la noche siguiente sumido entre pesadillas: estaba en el interior de un volcán, y me veía lanzado a las estrellas como una roca.

Al día siguiente, 23 de junio, Hans nos esperaba con sus compañeros cargados de víveres, herramientas e instrumentos. Dos bastones, dos fusiles y dos cartucheras estaban reservados para mi tío y para mí. Llevábamos agua para ocho días. Hans dio la señal de partida y abandonamos Stapi.

## Capítulo VIII

### **En el Sneffels**

El Sneffels tiene cinco mil pies de alto. Al partir, no podíamos ver sus dos picos, solo se veía un enorme casquete de nieve. Caminábamos detrás de Hans en fila de a uno por un estrecho sendero. Como sobrino que era del profesor Lidenbrock, a pesar de mis preocupaciones, observaba con interés las formaciones geológicas que nos rodeaban.

La ruta se hacía cada vez más difícil, el suelo se empinaba, los trozos de roca se estremecían y había que andar con cuidado para no caer.

Hans avanzaba tranquilamente como por terreno llano. A veces desaparecía detrás de grandes bloques de piedra y lo perdíamos de vista por un momento. Entonces, con un silbido nos indicaba por dónde debíamos seguir. También, a veces, se paraba a coger unas piedras y las amontonaba formando una señal que nos sirviera para encontrar el camino de vuelta.

Tres fatigosas horas de marcha nos habían llevado tan solo a la base de la montaña. Allí Hans nos hizo parar para tomar el almuerzo y descansamos durante una hora, tiempo en el que ni él ni los tres islandeses dijeron una sola palabra.

Entonces, comenzó la escalada. Desde allí, la cumbre parecía muy cerca, pero ¡cuántas horas nos quedaban de esfuerzo para alcanzarla! Las piedras sueltas resbalaban a nuestro paso, y a veces la pendiente era tal que debíamos rodear los repechos por caminos más suaves.

Viendo la altura de la cima, parecía imposible alcanzarla. Afortunadamente, después de una hora de fatigas, apareció en medio de la cubierta de nieve una especie de escalera de piedra que nos facilitó el camino. A las siete de la tarde habíamos subido a lo alto de aquella escalera y dominábamos la base sobre la que se asentaba el cono del

volcán. El mar quedaba ya a tres mil pies de nosotros. Habíamos pasado el nivel de las nieves perpetuas y hacía un frío terrible. El viento soplaba con fuerza. El profesor se dio cuenta de que mis piernas ya no obedecían, y a pesar de su impaciencia, hizo una señal al guía para que parara.

Hans, sin embargo, movió la cabeza diciendo:

—*Ofvanför*.

—Parece que hay que ir más arriba —dijo mi tío.

Preguntó a Hans el motivo y este respondió:

—*Mistour*.

—*Ja, mistour* —repitió uno de los islandeses asustado.

Miré a la llanura y vi una inmensa columna de polvo y arena que giraba como un torbellino hacia nosotros.

—*Hastig, hastig*.

Sin saber danés comprendí que teníamos que seguir más deprisa.

Comenzamos a rodear la montaña y cuando la tromba cayó sobre ella, afortunadamente ya habíamos pasado a la otra vertiente.

Por fin, a las once de la noche, en plena oscuridad, llegamos a la cumbre del Sneffels. Antes de refugiarnos en el interior del cráter, pude ver el sol de medianoche que proyectaba sus pálidos rayos sobre la isla dormida a mis pies.

Dimos cuenta de la cena rápidamente y nos instalamos lo mejor que pudimos. La cama era dura y las condiciones poco acogedoras, pero logré dormir de un tirón y ni siquiera soñé.

Al día siguiente nos despertó un sol espléndido. Desde la cima se dominaba la mayor parte de la isla. Veía los valles, los lagos y los precipicios diminutos abajo, a mis pies. A la derecha, glaciares y picos humeantes, y al oeste, Groenlandia en medio de la bruma.

Estaba extasiado en estas contemplaciones, cuando mi tío preguntó a Hans por el nombre del pico en el que nos encontrábamos.

—*Scartaris* —respondió.

Mi tío me lanzó una mirada triunfante y exclamó:

—¡Al cráter!

El cráter del Sneffels era como un cono invertido de media legua<sup>[9]</sup> de diámetro. Debía de tener unos dos mil pies de profundidad. Aquello era

como bajar a un trabuco cargado que puede dispararse en cualquier momento, pero ya no había vuelta atrás.

Hans dirigió la bajada dando rodeos al cono para facilitar el descenso. Había que caminar sobre rocas sueltas que se precipitaban a cada paso al fondo del abismo, levantando un eco extraño. A pesar de todo, el camino se hizo sin incidentes, salvo la caída de un fardo de cuerdas que se le escapó a uno de los islandeses y fue a caer al fondo del cráter.

A mediodía habíamos llegado. Arriba se veía la circunferencia del cono recortada en el cielo. Solo en un punto se destacaba el pico del Scartaris sobre la inmensidad. Al fondo del cráter se abrían tres chimeneas por las que, en época de erupciones, el volcán expulsaba sus lavas y vapores. Cada una de aquellas chimeneas tenían cien metros de diámetro. Yo ni siquiera me atrevía a mirarlas, pero el profesor Lidenbrock hizo un rápido examen de ellas y de repente dio un grito.

—¡Axel, Axel! ¡Ven, ven!

Yo acudí. Ni Hans ni los islandeses se movieron.

—Mira —dijo el profesor.

Y compartiendo su estupefacción, aunque no su alegría, leí en la piedra, escrito en rúnico, ese nombre mil veces maldito.



—¡Arne Saknussemm! —exclamó mi tío—. ¿Dudarás todavía?

Me senté en el suelo desconcertado. Perdí la noción del tiempo con el vuelo de mis pensamientos, y cuando volví a la realidad, Hans y mi tío estaban en el fondo del cráter. Los islandeses ya volvían de regreso.

## Capítulo IX

# ¡Al centro de la Tierra!

Al día siguiente, el cielo estaba gris y nuboso, y mi tío parecía contagiado de ese pesado clima de oscuridad. Pronto comprendí el motivo y un atisbo de esperanza volvió a mi corazón. De las tres rutas abiertas bajo nosotros, solo una era la seguida por Saknussem, y debíamos reconocerla por la sombra del Scartaris sobre ella en los últimos días del mes de junio. Pero si faltaba el sol, no habría sombra que señalase la ruta. Estábamos a 25, y si el cielo seguía cubierto durante seis días, habría que posponer la empresa para otro año. La cólera del profesor era indescriptible.

El 26 tuvimos el mismo tiempo. Cayó aguanieve durante todo el día. Mi tío no podía contenerse, aquello era para irritar al más calmado. Al día siguiente, el cielo siguió cubierto, pero el domingo 28, antepenúltimo día del mes, con el cambio de luna llegó el buen tiempo. El sol derramó sus rayos en el cráter y cada montículo, cada piedra, cada aspereza, proyectó instantáneamente su sombra sobre el suelo. Entre todas ellas, la del Scartaris se dibujó como una arista viva y empezó a girar poco a poco con el movimiento del sol. Mi tío giraba con ella.

A mediodía vino a lamer dulcemente el borde de la chimenea central.

—¡Esa! —gritó el profesor—. ¡Esa!

Era la una y trece minutos de la tarde.

Comenzaba el verdadero viaje. Hasta ahora habíamos tenido más fatigas que auténticas dificultades, pero ahora iban a estar realmente bajo nuestros pies. Aún podía negarme, pero estaba Hans. Él aceptaba con indiferencia el peligro, su despreocupación era tal que me ruborizaba solo ante la idea de ser menos valiente que él. Me vino el recuerdo de mi linda Graüben y me callé.

Me asomé a la chimenea central y miré al abismo del pozo. Las paredes eran casi verticales, pero había muchos salientes a los que sujetar una cuerda. El problema era cómo recuperarla una vez usada, pero mi tío tuvo la idea. Desenrolló una cuerda de cuatrocientos pies de larga, dejó caer la mitad y luego la colgó de un saliente de lava. Así podíamos descender juntando las dos mitades y descolgarnos hasta doscientos pies. Después, podríamos recuperar la cuerda soltando una mitad y tirando de la otra para seguir bajando.

Mi tío dividió el equipaje en tres partes, una para cada uno. Hans llevaría las herramientas y una parte de los víveres; yo, las armas y otro tercio de la comida; y mi tío, el otro tercio y el instrumental.

—¿Y quién se encargará de las cuerdas y las escalas? —pregunté.

—Bajarán solas —contestó el profesor.

—¿Cómo? —añadí.

—Ahora lo verás.

Entre él y Hans reunieron los objetos no frágiles, los ataron en un paquete y los arrojaron al abismo. Se oyó el silbido de la caída.

—Bueno —dijo—, ahora nos toca a nosotros.

Nos atamos cada uno nuestro equipaje a la espalda y comenzamos el descenso. Me dejé caer aferrado a la cuerda con una mano y apoyándome en el bastón con la otra a cualquier saliente de la roca. Temía que la cuerda no nos aguantase a los tres. Me servía de ella lo menos posible haciendo equilibrios sobre la lava. A veces la roca se movía y entonces Hans gritaba:

—*Gif akt!*

Y mi tío repetía:

—¡Cuidado!

Después de media hora habíamos llegado a una roca sólidamente encajada en la pared de la chimenea. Hans tiró de uno de los cabos de la cuerda y el otro subió rápidamente. Tras pasar por la roca de arriba, cayó arrastrando una peligrosa lluvia de piedra y lava sobre nuestras cabezas. Repetimos la operación y en media hora descendimos otros doscientos metros.

Al cabo de tres horas, todavía no se veía el fondo de la chimenea. Hacia arriba aún divisábamos el orificio que se iba estrechando poco a poco por la inclinación de las paredes. Las piedras que caían al fondo cada

vez parecían sonar más cercanas. Habíamos repetido catorce veces la maniobra con la cuerda de doscientos pies, lo que significaba que debíamos haber descendido un total de dos mil ochocientos pies.

En aquel momento se oyó la voz de Hans.

—*Halt.*

Me detuve justo antes de golpear con los pies la cabeza de mi tío y este dijo:

—Hemos llegado.

—¿Adónde? —pregunté.

—Al fondo de la chimenea.

—¿Y hay salida?

—Se ve un pasillo a la derecha. Mañana lo examinaremos. Ahora a cenar y a dormir.

En la boca lejana de la chimenea se vislumbraba débilmente una estrella. Según mis cálculos debía de ser de la Osa Menor.

A las ocho de la mañana vino a despertarnos un rayo de luz.

—¡Bueno, Axel! —exclamó mi tío—. ¿Has pasado alguna vez una noche tan tranquila en nuestra casa de Königstrasse?

—Sin duda hemos dormido muy tranquilos aquí, pero esta calma me da un poco de miedo.

—Vamos. Si te asustas ahora, ¿qué será cuando bajemos al centro de la Tierra? Aún estamos al nivel del mar.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que el tubo se detiene a la altura del suelo de la isla. Mira el barómetro. Estamos a una atmósfera de presión. Cuando sigamos bajando, habrá que recurrir al manómetro.

En efecto, el barómetro iba a ser inservible cuando el peso del aire superara la presión al nivel del océano.

—Entonces la presión, al crecer, se volverá peligrosa.

—No. Descenderemos lentamente y nuestros pulmones se acostumbrarán a respirar una atmósfera más comprimida. A los aeronautas acaba por faltarles el aire cuando suben demasiado. A nosotros, en cambio, nos sobraré. Mejor así.

Desayunamos galletas y carne seca con agua y un poco de ginebra. Después, mi tío sacó su cuaderno e hizo sus anotaciones:

*Lunes, 1.º de julio.*

*Cronómetro: 8 h 17 m de la mañana.*

*Barómetro: 29 p. 7 l.*

*Termómetro: 6°*

*Dirección: E-S-E*

Entonces, cogió el aparato Ruhmkorff que llevaba al cuello, enchufó el serpentín de la linterna a la corriente eléctrica, y una llama viva disipó las tinieblas de la galería.

—En marcha —dijo.

Cada uno cogió su fardo. Hans se encargó de empujar el paquete de cuerdas y ropa delante de él. Le seguía mi tío y yo cerraba la expedición. Así entramos en la galería.



La lava se había abierto camino a través de aquel túnel en la última erupción de 1229 y tapizaba el interior de una cubierta espesa y brillante. Había que tener cuidado de no deslizarse demasiado rápido por la pendiente. El espectáculo de colores era magnífico, del rojo al amarillo en mil tonalidades y cristales como globos luminosos. Seguíamos bajando fácilmente. La brújula indicaba dirección sudeste sin variación.

Por otra parte, el calor no aumentaba como yo había esperado, lo que volvía a dar la razón a mi tío. Dos horas después de salir, no marcaba más que 10°, es decir, un incremento de 4° tan solo. En cuanto a la profundidad, el profesor anotaba cuidadosamente los grados de desviación e inclinación de la ruta, pero se guardaba celosamente el resultado de sus observaciones.

Sin embargo, había algo que me preocupaba. Nuestras reservas de agua estaban casi agotadas. Mi tío contaba con reponerlas en fuentes subterráneas, pero hasta el momento no habíamos encontrado ninguna, y no podía dejar de pensar en ello.

—¿Te sorprende esta falta de manantiales? —dijo.

—Desde luego. No tenemos agua más que para cinco días.

—Tranquilo, Axel. Te garantizo que encontraremos agua, y más de la que queramos.

—Sí, pero ¿cuándo?

## Capítulo X

### **Caminando en las profundidades**

**A** las seis de la mañana del día siguiente, reanudamos el descenso. Continuamos por la galería de lava con una pendiente muy suave hasta que Hans se detuvo. Habíamos llegado al final de la chimenea.

Estábamos en el centro de una encrucijada a la que iban a parar dos caminos. Ahora quedaba la duda sobre cuál debíamos seguir.

Mi tío no quiso dar pie a vacilaciones. Señaló sin pensar el túnel del este y por él nos metimos los tres.



La nueva galería era poco inclinada, y su amplitud era muy irregular. A veces teníamos que arrastrarnos como castores por pasadizos estrechos. Otras, en cambio, se ensanchaba con bóvedas y pilares que recordaban las formas románicas o góticas de la Edad Media. El calor seguía siendo soportable, aunque yo no podía dejar de pensar en las lavas y el fuego de las erupciones.

A las seis de la tarde, habíamos ganado dos leguas en dirección sur, pero apenas un cuarto de milla de profundidad. Paramos para cenar y nos

dispusimos a pasar la noche. El equipo era tan solo una manta para abrigarnos. Allí no había que temer el frío de la noche, ya que, en el interior de la Tierra, la temperatura se mantiene constante.

Al día siguiente, la galería seguía sin ganar profundidad. Sobre la diez de la mañana tuve la sensación de que incluso se iba elevando hacia la superficie. Era evidente que a cada paso la marcha se hacía más fatigosa. No me quedó más remedio que menguar el paso.

—¿Qué pasa? —dijo el profesor impaciente.

—No puedo más —respondí.

—¿Después de un paseo tan fácil?

—¿Fácil?

—Pero si no hay más que bajar.

—Subir, querrá decir.

—¡Subir! —exclamó mi tío encogiéndose de hombros.

Cargué mi fardo y seguí rápidamente a Hans. A pesar del cansancio, tenía cuidado de no distanciarme. Me horrorizaba la idea de perderme en las profundidades de aquel laberinto.

A mediodía, las paredes de la galería cambiaron. El brillo de la linterna reflejado en ellas comenzó a debilitarse. La lava dejó paso a la roca viva que se disponía en capas transversales. El perfil de la roca contaba la historia geológica de la Tierra. Habíamos llegado ahora al período en que aparecieron las primeras plantas y animales.

Yo obligaba al profesor a pasar su lámpara por las paredes. Esperaba algún interés de su parte, pero lejos de eso, no dijo una sola palabra y prosiguió su camino. Todas aquellas señales nos estaban diciendo que la galería no podía llevarnos al centro del Sneffels. Solo faltaba encontrar algún resto de planta primitiva. Si lo hallábamos, el profesor tendría que rendirse a la evidencia y darme la razón.

No había dado cien pasos cuando encontré las pruebas. Tenía que ser así. En esa época, los mares albergaban más de mil quinientas especies vegetales o animales. Mis pies, acostumbrados al suelo duro de las lavas, empezaron a pisar restos de plantas y conchas. En las paredes se veían claramente señales de fucos<sup>[10]</sup> y licopodios<sup>[11]</sup>. El profesor no podía cerrar los ojos ante aquello. No pude contenerme.

—Mire —le dije.

Él no se inmutó.

—Una concha de trilobites<sup>[12]</sup>. Nada más.

—¿Y no deduce nada de ello?

—Sí, lo mismo que tú, que hemos dejado atrás las capas de granito y las lavas. Es posible que me haya equivocado, pero no admitiré mi error hasta que hayamos llegado al final de esta galería.

—Hace bien en pensar así. Yo haría lo mismo si no fuera por la falta de agua.

—Pues la racionaremos, Axel.

En efecto, hubo que racionarla. En la cena me di cuenta de que no duraría más de tres días. Había poca esperanza además de encontrar alguna fuente en aquellos terrenos. Durante el día siguiente seguimos caminando por aquella galería abovedada interminable cada vez más en silencio. Hans nos iba contagiando a todos.

Parecía que no subíamos, pero tampoco descendíamos demasiado. Lo más preocupante era que la capa de roca <sup>[13]</sup> y a los saurópteros<sup>[14]</sup>. Eran las especies de los mares del período devónico que habían quedado depositados en las rocas de nueva formación.

Estábamos remontando la escala de la vida a medida que avanzábamos, pero el profesor Lidenbrock parecía no prestarle atención.

El viernes comenzamos a padecer la sed. Después de diez horas de camino, noté que las paredes se hacían distintas, oscuras y sin brillo. El túnel se hacía más estrecho y, al apoyar la mano sobre una de ellas, se me tiznó por completo de negro. Habíamos entrado en una mina de carbón.

Hans preparó la cena y bebimos las pocas gotas de agua que nos correspondían. Solo nos quedaba media cantimplora para los tres.

El sábado, a las seis de la mañana, comenzamos de nuevo la marcha y, al cabo de un rato, llegamos a una enorme caverna. Allí podía leerse toda la historia del período hullero. En aquella época del mundo, la que precedió a la era secundaria, la Tierra se había cubierto de una inmensa masa de vegetación debido a la acción del calor y de la humedad. Todo el globo estaba cubierto de una atmósfera de vapor que había hecho crecer una exuberante vegetación. No había muchos árboles entonces, sino sobre todo plantas herbáceas, céspedes enormes y helechos. Toda esta vegetación con los movimientos de la corteza quedó sepultada en el fondo

de las aguas y dio origen al carbón. La química natural lo hizo posible transformándola primero en turba por fermentación, y más tarde en hulla por mineralización completa.

Seguimos caminando y la temperatura siguió siendo más o menos la misma. La excursión por la hullera duró hasta el atardecer. Mi tío apenas podía contener la impaciencia que producía la horizontalidad de la ruta. La oscuridad impedía calcular la profundidad, y ya comenzaba a creer que no acabaría nunca, cuando, a las seis horas, un muro apareció de repente ante nosotros. Habíamos llegado a un callejón sin salida.

—¡Tanto mejor! —exclamó mi tío—. Al menos, ya sé a qué atenerme. No estamos en la ruta de Saknussem. No hay más solución que volver atrás. Descansaremos una noche y, antes de tres días habremos llegado al punto en que se bifurcan las galerías.

—Sí —dije yo—, si tenemos fuerzas.

—¿Y por qué no?

—Porque mañana nos habremos quedado sin agua.

—¿Y te quedarás también sin valor? —me preguntó mi tío con severidad.

No me atreví a responder.

## Capítulo XI

### **Sin agua**

**A**l día siguiente salimos temprano. Había que darse prisa. Estábamos a cinco días del cruce. Mi tío actuaba ahora bajo la cólera de saber que se había equivocado, mientras que Hans se comportaba con la indiferencia de siempre. Yo, lo confieso, me quejaba y desesperaba.

El agua se terminó al cabo del primer día de marcha. Nos quedaba ginebra, pero ese licor infernal quemaba el gaznate y yo no podía ni verlo. La temperatura era asfixiante. Más de una vez estuve a punto de caer exhausto, y entonces Hans y mi tío acudían a socorrerme y darme ánimos lo mejor que podían.

Por fin, el martes 8 de julio, de rodillas y a rastras, alcanzamos el punto de unión de las dos galerías. Llegamos desfallecidos. Yo me quedé tendido en el suelo de lava como un cuerpo sin vida. Eran las 10 de la mañana. Hans y mi tío se echaron contra la pared y trataron de masticar algunos trozos de galleta.

Al cabo de un rato, mi tío se acercó y me cogió entre sus brazos.

—¡Pobre muchacho! —murmuró con pena.

Sus palabras me conmovieron, no estaba acostumbrado a esas muestras de ternura de su parte. Tenía lágrimas en los ojos.

Lo vi entonces coger la cantimplora que estaba a su lado, y me la acercó a los labios.

—Bebe —dijo.

¡Qué placer! Junté las manos en señal de agradecimiento, mientras el trago de agua que quedaba en la cantimplora me mojaba la boca abrasada y me devolvía la vida.

—Sí —dijo—, un trago de agua. ¡El último! Lo había guardado para ti. Veinte, cien veces tuve que resistir las ganas desesperadas de beberlo. Pero

no, Axel, lo guardaba para ti.

—¡Tío! —murmuré llorando.

—Sí, pobre mío, sabía que, al llegar al cruce, caerías medio muerto y guardé mis últimas gotas de agua para reanimarte.

El agua apenas había bastado para mojarme la garganta, pero me dio fuerzas para hablar.

—Ahora solo nos queda un camino —dije—. Nos falta el agua, hemos de volver atrás.

Mi tío bajó la cabeza, evitándome con la mirada.

—Tenemos que retroceder —exclamé—, y volver al Sneffels. ¡Que Dios nos dé fuerzas para subir hasta lo alto del cráter!

—¡Volver! —dijo mi tío como si hablara consigo mismo—. ¡Renunciar a nuestra empresa ahora que parece que puede triunfar! ¡Jamás!

—Entonces tenemos que resignarnos a morir —repliqué.

—No, Axel. Vete, no quiero tu muerte. Que Hans te acompañe. Déjame solo.

—¿Abandonarle?

Mi tío hablaba muy excitado. Su voz se había vuelto ahora dura y amenazante. Luchaba contra lo imposible. Yo no quería abandonarlo, pero el instinto de conservación me empujaba a huir de él.

El guía seguía la escena con su indiferencia de siempre. Comprendía lo que ocurría entre nosotros, pero parecía tener poco interés por aquella disputa en la que le iba la vida.

Me acerqué a Hans y le puse mi mano en la suya. Él no se movió. Le señalé el camino del cráter. Con mi gesto le expresaba todo mi sufrimiento, pero el islandés movió dulcemente la cabeza señalando tranquilamente a mi tío.

—*Master* —dijo.

—¿Amo? —exclamé—. ¡Estás loco! ¡Él no es tu amo, no es dueño de tu vida! ¡Hay que huir! Tenemos que llevárnoslo. ¿Me entiendes? ¿Me comprendes?

Había agarrado a Hans por el brazo. Intentaba hacer que se levantara, pero mi tío intervino.

—Cálmate, Axel. No conseguirás nada. Escucha. Mientras estabas aquí, he ido a explorar la galería. Se hunde directamente en las entrañas de la Tierra, y en pocas horas nos llevará a la zona de granito. Allí debemos encontrar agua en abundancia. El instinto me lo dice así. Cuando Colón pidió tres días a su tripulación para avistar tierra, esta, aunque estaba enferma y muy asustada, se los concedió, y él pudo descubrir el Nuevo Mundo. Ahora yo soy el Colón del mundo subterráneo y te pido un día tan solo. Si en ese tiempo no hemos encontrado agua, te juro que volveremos a la superficie.

Sus palabras me conmovieron.

—Bien —exclamé—. Que sea lo que usted quiera.

Reemprendimos el descenso, esta vez por la nueva galería. Viajamos a través de rocas antiguas y el profesor no dejaba de animarnos diciendo que esta vez sí estábamos en el buen camino. Sin embargo, a las ocho de la tarde, el agua todavía no había aparecido. Mis sufrimientos eran horribles. Casi no podía sostenerme, pero resistía para no obligar a mi tío a parar. Él iba siempre delante sin darnos un momento de respiro. Era su último día y ya se acababa. Finalmente no encontré fuerzas para seguir y me derrumbé.

—Auxilio —grité—. Me muero.

Mi tío volvió sobre sus pasos, me miró cruzándose de brazos y dijo:

—Todo ha terminado.

Un último arranque de cólera es lo único que recuerdo. Después todo se me nubló. Cuando abrí los ojos de nuevo, vi a mis compañeros envueltos en sus mantas. No supe si dormían. Las últimas palabras de mi tío resonaban en mis oídos: todo ha terminado. Pero había una legua y media hasta la superficie.

Pasaron algunas horas en medio de un silencio absoluto, el silencio de la tumba de granito que nos sepultaba. Luego, en medio de mi sopor, creí oír un ruido. Miré más atentamente en la oscuridad y me pareció ver al islandés que desaparecía con una lámpara en la mano. Creí que nos abandonaba.

Mi tío dormía. Quise gritar, pero no me salía la voz.

—¡Hans, Hans! —gritaba dentro de mí.

Tras aquel primer instante de terror, me avergoncé de pensar que estuviera huyendo. Nuestro guía siempre había sido fiel. Entonces me di

cuenta de que no huía, estaba bajando.

Pasó más de una hora hasta que lo oí regresar. Su luz se deslizó por la pared hasta nosotros y enseguida apareció. Se acercó a mi tío y lo despertó suavemente.

—¿Qué pasa? —dijo.

—*Vatten* —respondió el guía.

No sabía una sola palabra de danés pero entendí aquella palabra perfectamente.

—¡Agua, agua! —grité como un loco.

Nos pusimos en marcha inmediatamente y al cabo de una hora habíamos avanzado unas mil toesas<sup>[15]</sup> y descendido unos dos mil pies. Poco después empezó a oírse un sonido en la pared de granito, como un mugido, una especie de trueno lejano. Sin embargo, en la media hora siguiente no encontramos el manantial que se nos anunciaba y las angustias volvieron. Entonces, mi tío se acercó para tranquilizarme.

—Hans estaba en lo cierto. Lo que oyes es un torrente que corre muy cerca.

—¿Un torrente? —pregunté.

—Seguro. Una corriente subterránea circula a nuestro alrededor.

Apretamos el paso arrastrados por la esperanza. Ya no sentía la fatiga. El murmullo del agua me refrescaba, y pasaba la mano por la roca esperando en vano encontrar humedad. Ahora entendía que Hans no había encontrado el agua, solo el sonido del manantial. El ruido entonces empezó a debilitarse y mi tío dio orden de parar.

—Si seguimos adelante nos alejaremos de ella.

Volvimos atrás buscando el lugar en que el murmullo se oía más fuerte. Hans rastreó la pared y nos llevó hasta el punto exacto. Allí me senté junto al muro escuchando la violencia del torrente y en verdad resultaba desesperante tenerlo tan cerca y no poderlo alcanzar. Nuestro guía me miró con algo en los labios que creí sonrisa, cogió su lámpara, buscó un pico y tanteó cuidadosamente el sitio donde golpear.

¡Qué emoción sentí entonces!

—¡Salvados! —grité.

—Sí —repetía mi tío con frenesí—. ¡Bravo por Hans! ¡No lo habríamos conseguido sin él!

Empezó a golpear la roca con calma, cavando lentamente el duro granito a pequeños golpes hasta tener una abertura de medio pie de ancho. Me pareció que el sonido del agua se hacía más fuerte y ya podía sentirla en mis labios, pero la roca se resistía. Mi tío se desesperaba, y había echado ya mano a su pico, cuando de repente un chorro de agua salió disparado del muro y fue a estrellarse contra la pared de enfrente.



Hans, medio derribado por el golpe, no pudo contener un grito de dolor. Comprendí lo que ocurría cuando metí la mano en el agua. Estaba hirviendo.

—¡Agua a cien grados! —grité.

—Ya se enfriará —dijo mi tío.

La galería se llenó de vapor y pronto se formó un riachuelo que iba a perderse en las profundidades. Tomamos el primer trago enseguida y nos devolvió la vida. Ni siquiera la saboreé. Después me di cuenta de que sabía a tinta, era agua ferruginosa.

—Buenísima —exclamó el profesor—. Tiene muchos minerales. Le pondremos al manantial el nombre de Hans. Se llamará Hansbach.

A Hans no pareció importarle demasiado. Bebió un poco y se sentó en el suelo.

—Por la presión con que sale —dijo el profesor—, tiene que venir de muy arriba. La dejaremos correr y el propio riachuelo nos guiará el descenso. Así nos acompañará durante el camino y no hará falta cargar con ella.

—Muy bien pensado —exclamé dispuesto para la marcha—. No podríamos encontrar mejor compañero para el camino.

—Parece que estás más animado —dijo el profesor riendo—. Ahora es momento de descansar. Es de noche y mañana nos espera un largo camino.

Pronto, los tres, recuperados por el alivio del agua, estuvimos profundamente dormidos.

## Capítulo XII

# Perdido

Al día siguiente no quedaba ni rastro de nuestras penas. La primera sorpresa al despertar fue no tener sed. Enseguida oí el murmullo del manantial que corría a nuestros pies, y con ella desayunamos. Me encontraba completamente recuperado y dispuesto para seguir adelante.

Nos pusimos en marcha a las ocho de la mañana. La galería, con sus sinuosas revueltas, parecía un laberinto, pero llevábamos dirección sudeste. Mi tío consultaba su brújula continuamente y llevaba la cuenta del camino recorrido. Marchábamos casi en llano y el profesor se maldecía por ello. El riachuelo solo levantaba un suave murmullo, como una náyade<sup>[16]</sup> que cantara en nuestra compañía, pero no descendíamos prácticamente nada. Sin embargo, no había elección, mientras avanzásemos algo, no podíamos quejarnos.

De vez en cuando, la pendiente se hacía más pronunciada. El canto de la náyade se convertía en mugido y nosotros descendíamos con ella. Después de un día de mucho avanzar y bajar muy poco, según nuestros cálculos debíamos de estar a treinta leguas al sudeste de Reikiavik y a una profundidad de dos leguas y media. Para alegría de mi tío, en ese punto, encontramos un pozo.

Era una especie de grieta estrecha como un tornillo en cuyas paredes había salientes por los que se podía descender sin necesidad de las cuerdas. El Hansbach allí se hacía catarata saltando de roca en roca, y nos permitía beber en los descansos que hacíamos a cada poco para descansar de la tensión del descenso.

El 11 y el 12 de julio seguimos bajando por aquella espiral hasta completar dos leguas más de descenso, lo que nos llevaba hasta las cinco leguas bajo el nivel del mar. El 13, a mediodía, la falla giró al sureste y se

hizo más suave. El camino entonces resultaba más cómodo, pero de una monotonía absoluta. Por fin, el 15, estábamos a siete leguas bajo tierra y aproximadamente a cincuenta del Sneffels.

Pregunté al profesor Lidenbrock si se había dado cuenta de que ya no estábamos en Islandia, y él me entregó el compás y el mapa para que hiciera los cálculos por mí mismo.

—En efecto —repuse—, estamos debajo del mar, tenemos el océano sobre nuestras cabezas.

Al profesor aquello le parecía lo más normal, pero a mí la idea de andar bajo la inmensa masa de agua no dejaba de preocuparme.

Cuatro días después, el sábado 18 de julio por la tarde, llegamos a una especie de gruta bastante grande. Mi tío pagó a Hans sus tres rixdales<sup>[17]</sup> semanales y se decidió que el día siguiente sería de descanso.

El domingo por la mañana me desperté, por tanto, sin la preocupación de tener que marchar. Y aunque fuera en la profundidad de un abismo, no dejaba de ser agradable. Además estábamos acostumbrados a aquella vida de trogloditas, y ya no pensaba en el sol, la luna, las estrellas, los árboles y en todas esas cosas superfluas de la vida terrestre. La gruta formaba una sala enorme y sobre su suelo corría dulcemente nuestro fiel riachuelo.

Después del desayuno, el profesor se dedicó a poner en orden sus notas y a calcular nuestra posición con exactitud para poder hacer un mapa de la expedición a nuestro regreso. El día transcurrió con calma. Yo cambiaba impresiones con el profesor y Hans se comportaba con su habitual indiferencia.

Hasta el momento no podía quejarme, las cosas marchaban bien. Si las dificultades no se agravaban, no había razón para que no alcanzásemos nuestro objetivo. ¡Qué gloria entonces! Estaba empezando a contagiarme del entusiasmo del profesor.

Durante algunos días bajamos mucho, las pendientes fueron muy verticales y nos adentramos con rapidez en el macizo de roca. Hans, con la sangre fría acostumbrada, nos sacaba de los apuros que no hubiésemos sido capaces de resolver solos. Eso sí, cada día estaba más callado y con su silencio nos iba contagiando a nosotros.

Durante las dos semanas que siguieron no pasó nada digno de reseñar. El 7 de agosto alcanzamos las treinta leguas de profundidad, treinta leguas

de roca, océano, continentes y ciudades. Debíamos de estar a unas doscientas leguas de Islandia. Ese día el camino era poco inclinado. Mi tío iba delante con uno de los aparatos de Ruhmkorff y yo con el otro. Iba examinando las capas de granito y, de pronto, al volverme, me di cuenta de que estaba solo.

—Bueno —pensé—, he ido demasiado rápido, o quizá Hans y mi tío se han detenido por el camino. Debo reunirme con ellos, afortunadamente no hay demasiada pendiente.

Volví sobre mis pasos y marché durante un cuarto de hora sin encontrarlos. Llamé y mi voz se perdió en los ecos de la galería sin respuesta. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

—Un poco de calma —me dije en voz alta—. Voy a encontrarlos. No hay más que dos caminos. Si iba hacia adelante, ahora tengo que volver atrás.

Subí media hora intentando escuchar alguna voz, alguna llamada, pero el silencio era absoluto. Era incapaz de creer lo que me estaba pasando.

—Veamos —me repetí—. Puesto que no hay más que un camino y ellos lo siguen, debo alcanzarlos. Bastará con seguir subiendo. A menos que, al no verme, olvidando que yo iba delante, hayan pensado en volver. Entonces, si me doy prisa, los alcanzaré. Es evidente.

Me llevó tiempo razonar todo esto. Repetí las últimas palabras sin mucho convencimiento, y es que la duda se estaba apoderando de mí. Hans venía detrás; debió pararse un momento a colocarse los bultos a la espalda y yo había seguido andando.

—Además —me dije—, tengo un hilo para no perderme en medio de este laberinto. No tengo más que seguir el curso del riachuelo y me guiará hasta ellos.

Este razonamiento me reconfortó y me dispuse a seguir adelante. ¡Cómo bendije entonces la idea de mi tío de dejar que el riachuelo nos sirviera de guía! Antes de continuar la marcha, pensé refrescarme un poco. Me agaché para mojarme la frente en el agua del Hansbach, y cuál no sería mi estupefacción, al no encontrar más que el suelo seco y áspero de granito. ¡El arroyo ya no corría a mis pies!

No podría describir mi desesperación. No encuentro palabras para expresar cuáles fueron mis sentimientos, enterrado vivo, con la perspectiva

de morir torturado de hambre y de sed. ¿Cómo podía haber abandonado el riachuelo? Ahora comprendía el silencio cuando intenté escuchar la última vez alguna palabra de ellos. Me di cuenta de que había dejado el camino en alguna bifurcación, pero ¿cómo volver? No había huellas que pudiera seguir, estaba completamente perdido. Sí, perdido a una profundidad que me parecía inmensa, aplastado por las treinta leguas de roca que pendían sobre mi cabeza.

Entonces, me encomendé a la ayuda del cielo. Pensé en mi infancia, en mi madre a la que había perdido tan pronto y recé con fervor. Así recobré un poco la calma e intenté actuar con inteligencia. Tenía comida para tres días y la cantimplora llena. Solo debía llegar al punto donde había abandonado la fuente en la funesta bifurcación. Una vez allí podría regresar a la cumbre del Sneffels. Era mi única esperanza.

Me levanté y con ayuda del bastón empecé a subir por la galería. Caminé media hora intentando descubrir alguna señal, algo que me permitiera reconocer el camino perdido, pero de pronto comprobé que aquello no tenía salida. Choqué contra un muro y caí al suelo.

¡Qué espanto! ¡Cómo describir mi desesperación! Mi última esperanza acababa de estrellarse contra aquella muralla de granito. Perdido en aquel laberinto moriría de la peor de las muertes. Una idea curiosa me vino a la cabeza, si un día se encontraba mi cuerpo fosilizado a treinta leguas bajo las entrañas de la Tierra, provocaría un enorme debate científico.

En medio de aquellas angustias, un nuevo terror vino a hacer presa en mi corazón. Mi lámpara se había estropeado al caer, su luz se debilitaba y pronto se apagaría. Vi la corriente luminosa perderse en el serpentín del aparato. Una procesión de sombras oscilantes recorrió las paredes, y no me atreví a cerrar los ojos por temor a perder el último destello y quedar sumergido en aquellas inmensas tinieblas.



Di un grito terrible al tiempo que la sombra absoluta me dejaba ciego en todo el sentido de la palabra. Entonces, perdí la cabeza. Me levanté y eché a correr extendiendo los brazos, chocando a cada momento con las rocosas paredes de aquel laberinto sin salida. Grité y aullé descendiendo por la galería. Caí y me levanté ensangrentado bebiendo la sangre que me inundaba la cara, esperando encontrar algún muro contra el que partirme la cabeza definitivamente.

No puedo decir adónde me llevó aquella enloquecida carrera. Tras muchas horas al límite de mis fuerzas, caí como muerto y perdí el sentido.

Cuando volví a la vida, tenía la cara bañada en lágrimas. No podría decir cuánto tiempo estuve en aquel estado. Nunca hubo soledad como la mía, nunca un abandono tan absoluto.

## Capítulo XIII

# Juntos de nuevo

Después de la caída había perdido mucha sangre. ¡Cuánto lamentaba no estar muerto! No quería pensar, saqué cualquier idea de mi cabeza y, vencido por el dolor, me acurruqué junto a la pared.

Estaba, sin embargo, a punto de perder la conciencia otra vez, cuando un ruido violento me golpeó en los oídos, como un largo trueno que se perdía en las lejanas profundidades de la galería. ¿De dónde venía aquel ruido? Pensé en una explosión de gas o en un derrumbamiento. Esperé que se repitiera, pero solo pude oír durante un rato los latidos de mi corazón. Entonces, acerqué mi oído al muro por casualidad y creí entender débilmente unas palabras lejanas.

Al pronto, me estremecí. Una alucinación, pensé. Pero no. Escuchando con más atención entendí realmente el murmullo de una voz. No entendía lo que decía, pero hablaba. Yo estaba en lo cierto. Por un instante temí que fuesen mis propias palabras devueltas por el eco, quizá había gritado sin darme cuenta. Cerré con fuerza mis labios y acerqué de nuevo el oído a la pared.

—Sí, es cierto, hablan, hablan.

Avanzando ahora unos pasos más lejos a lo largo del muro, lo pude oír más claramente. Llegué a distinguir algunas palabras extrañas e incomprensibles, como murmuradas. La palabra *förlorad* era la que más se repetía con un acento de dolor.

—¡A mí! —grité con todas mis fuerzas—. ¡A mí!

Escuché. Esperé una respuesta en la sombra, un grito, un suspiro, pero no se oyó nada. Pasaron algunos minutos y pensé que mi débil voz no podía llegar hasta mis compañeros.

Intenté escuchar otra vez y, paseando mi oído sobre la pared, encontré un punto en el que las voces parecían llegar más intensamente. La palabra *förlorad* llegó otra vez a mí, y luego aquel trueno que me había sacado del adormecimiento. Entonces, lo comprendí todo, para hacerme oír tenía que hablar a lo largo del muro que servía de conductor como un hilo eléctrico.

—Tío Lidenbrock —pronuncié lo más claramente que pude.

Esperé con la mayor ansiedad. Pasaron segundos que parecieron siglos y por fin llegaron a mis oídos estas palabras.

—Axel, Axel, ¿eres tú?

—Sí, sí —respondí.

—Hijo mío. ¿Dónde estás?

—Perdido, en la oscuridad más completa.

—Pero ¿y tu lámpara?

—Apagada.

—¿Y el arroyo?

—Desaparecido.

—¡Axel, mi pobre Axel, ten ánimo!

—Espera un poco. No tengo fuerzas para hablar, pero háblame tú.

—Ánimo —repitió mi tío—. No hables, escucha. Te hemos estado buscando arriba y abajo de la galería. Te suponíamos en el curso del Hansbach. Luego, hemos disparado los fusiles.

—¿Tío? —llamé recobrando las fuerzas.

—Dime, hijo.

—¿A qué distancia estamos?

—Es fácil saberlo.

—¿Tiene el cronómetro?

—Sí.

—Pues cójalo y pronuncie mi nombre anotando el segundo exacto. Yo lo repetiré y observaré igualmente el momento en que llegue mi respuesta.

—Muy bien —contestó el profesor—. La mitad del tiempo transcurrido indicará lo que tarda en llegar mi voz hasta ti. ¿Estás preparado?

—Pegué mi oído a la pared y esperé. Cuando escuché mi nombre, lo repetí, y luego esperé.

—Cuarenta segundos —dijo entonces mi tío—. Entonces, el sonido ha tardado veinte segundos en llegar hasta ti. A una milla y veinte pies por segundo, son veinte millas y cuatrocientos pies, o una legua y media y un octavo.

—¡Una legua y media! —murmuré.

Aquella sorprendente conversación a través de la masa terrestre, sostenida a más de una legua de distancia me hizo dar gracias a Dios por haberme llevado hasta el único punto quizá donde las voces de mis compañeros podían llegarme. El efecto acústico se explicaba con facilidad por las leyes de la física. Se debía a la forma de la galería y la naturaleza de la roca. En estas circunstancias, el sonido se escucha en dos puntos muy distantes, pero no en los intermedios.

Estaba preparado para marchar, así que me levanté y me dejé resbalar por la pendiente. Esta, sin embargo, se hizo tan fuerte, que pronto no pude frenarme y me deslicé a gran velocidad hasta que me faltó suelo en el que pisar y caí a un auténtico pozo. Mi cabeza se golpeó contra una roca afilada y perdí el conocimiento.

Cuando me recuperé, estaba en la penumbra tendido sobre unas mantas. Mi tío me velaba esperando alguna señal de vida. A mi primer suspiro, me cogió la mano; a mi primera mirada, dio un grito de alegría.

—¡Vive, vive! —gritó.

—Sí —respondí con voz débil.

—Hijo mío —dijo él estrechándome contra su pecho.

Las palabras del profesor me emocionaron. Hacía falta una prueba como aquella para conmoverlo. En ese momento llegó Hans, que, al ver mi mano en la de mi tío, me atrevo a decir que dejó ver en sus ojos una viva expresión de alegría.

—*God dag* —dijo.

—Buenos días, Hans, buenos días —murmuré—. Y ahora, tío, dígame dónde estamos en este momento.

—Mañana, Axel, mañana. Aún estás demasiado débil.

—Pero, al menos —repuse yo—, ¿qué hora es, en qué día estamos?

—Las once de la noche; es domingo, 9 de agosto, y no admito más preguntas.

En verdad me encontraba muy débil y se me cerraban los ojos. Necesitaba dormir. Me dejé vencer por el sueño pensando en que había estado perdido cuatro días eternos.

## Capítulo XIV

# Un océano subterráneo

**A**l despertar al día siguiente, vi que estábamos instalados en una acogedora gruta con suelo de fina arena, y, aunque no teníamos antorchas ni lámparas encendidas, un resplandor entraba por su estrecha abertura. Se oía también un murmullo como de olas y a veces una brisa silbante. Me pregunté si estaba despierto, o si seguía soñando, pero mis ojos y mis oídos no podían engañarme. Entonces, pensé que habíamos regresado a la superficie, pero en ese momento el profesor regresó.

—Buenos días, Axel —me dijo—. Parece que te encuentras mejor.

—Desde luego, me siento recuperado, y la prueba es que estoy deseando desayunar.

—Comerás, muchacho, no te preocupes. Ya no tienes fiebre. Hans te ha estado poniendo en las heridas un ungüento secreto de los islandeses, y parece que han cicatrizado de maravilla. Nuestro guía es un gran hombre.

Mientras hablaba, me preparó el desayuno y fue contestando a las mil y una preguntas que tenía para él. Supe entonces que mi caída por la galería perpendicular me había arrastrado hacia abajo en medio de un avalancha de piedras, la menor de las cuales habría bastado para matarme, y que de esa manera había llegado inconsciente y cubierto de sangre hasta donde estaban. Sin duda me había salvado de milagro.

—Es sorprendente que no te hayas matado mil veces, Axel —me dijo—. No volveremos a separarnos. Corremos el riesgo de no vernos más.

No vernos más. ¿Qué quería decir con aquello? Había algo que me confundía.

—¿Hemos vuelto a la superficie? —le pregunté.

—No, por supuesto que no.

—Entonces debo de estar volviéndome loco. ¿Qué es entonces esa claridad y ese viento que sopla, ese murmullo de olas?

—¡Ah, eso! No te lo podría explicar. Será mejor que lo veas con tus propios ojos.

Aunque quise salir de inmediato arrastrado por la curiosidad, mi tío me retuvo. Aún estaba convaleciente. Me vestí entonces, me envolví en las mantas por precaución y, solo así, me dejó salir de la gruta.

Al principio no pude ver nada. Mis ojos habían perdido la costumbre de la claridad y se me cerraban. Cuando pude abrirlos de nuevo, me quedé estupefacto.

—¡El mar! —grité.

—Sí —respondió mi tío—, el mar Lidenbrock, y quiero creer que ningún navegante me disputará el honor de darle mi nombre después de haberlo descubierto.



Una vasta capa de agua se extendía ante nosotros hasta el límite de la vista. Las olas venían a romper con suave murmullo a una playa de fina arena plagada de conchas pequeñas. Las salpicaduras de espuma nos alcanzaban con suavidad. A ambos lados se levantaban imponentes murallas de roca que formaban cabos y escollos afilados por la marea.

Era un verdadero océano como los terrestres, pero desierto y de un aspecto terriblemente salvaje. Aunque lo más sorprendente era la luz que lo iluminaba, una luz blanca y brillante, superior a la de la luna, que

evidentemente tenía un origen eléctrico, como de aurora boreal. El cielo de aquel espacio parecía hecho de grandes nubes y las capas eléctricas producían asombrosos juegos de luz sobre ellas.

Estábamos realmente presos en una enorme excavación de la que no podíamos calcular las dimensiones, aunque la altura debía de superar varias leguas. La palabra caverna no puede traducir la impresión de aquel lugar que estaba más allá de cualquier experiencia humana. No había nada comparable en toda la Tierra, su cielo cubierto de vapores, sus irradiaciones eléctricas y un mar enorme encerrado en ella. Mi imaginación se sentía impotente ante aquella inmensidad.

Después de un encierro de cuarenta y siete días dentro de una estrecha galería, era una alegría infinita poder respirar aquella brisa marina.

Mi tío, que ya estaba acostumbrado a aquellas maravillas, me ofreció su brazo y me invitó a dar un paseo por los alrededores. Había rocas altísimas y cascadas que caían de ellas sonoras y cristalinas, también fuentes termales y riachuelos que iban a morir a aquel mar, entre los que estaba el Hansbach, que nos había acompañado desde el principio. Íbamos bordeando la orilla, pero en ese momento hubo algo que llamó poderosamente mi atención. A quinientos pasos, al rodear un promontorio, apareció un bosque alto y espeso de árboles de mediana altura coronados por una especie de sombrillas todas iguales.

Apreté el paso intentando averiguar de qué especie se trataba, pero mi tío se adelantó.

—No es más que un bosque de champiñones —dijo.

Y, en efecto, no se equivocaba. Eran como unos champiñones blancos de treinta a cuarenta pies de altura, y los había por miles. Tan espesos eran que la luz no llegaba al suelo, y producían una sombra densa bajo sus cúpulas, parecidas a los redondos tejados de un poblado africano.

Caminamos bajo aquellas bóvedas carnosas durante un rato. Un frío de hielo mortal helaba el camino sombrío. Nos alegramos de volver a la orilla. Pero no fue la única vegetación que encontramos. Había helechos tan altos como abetos, arbustos como los de la superficie, pero de dimensiones colosales, licopodios, lepidodendros<sup>[18]</sup> y sigilarias<sup>[19]</sup>, todos gigantescos.



—Parece un invernadero antediluviano —dije.

—Dices bien, muchacho, es un invernadero, pero dirías mejor añadiendo que puede ser un zoológico.

—¡Un zoológico!

—Sin duda. Mira esos huesos esparcidos por el suelo.

Me precipité sobre aquellos restos y sin dudar le fui poniendo nombre a cada uno de ellos.

—Eso es una mandíbula de mastodonte<sup>[20]</sup> —decía—; y eso los molares de un dinoterio<sup>[21]</sup>; y ahí un fémur que no puede haber pertenecido más que al más grande de los animales, al megaterio<sup>[22]</sup>. Desde luego, esto es un zoológico, porque esos huesos no pueden haber sido transportados hasta aquí. Los animales a los que pertenecieron han debido de vivir aquí, a las orillas de este mar subterráneo, a la sombra de estas plantas.

—Así debe ser sin duda —dijo mi tío—. ¿Y quién nos dice que uno de esos animales no anda todavía por aquí?

La idea me pareció terrorífica y miré con miedo en todas direcciones, pero no vi ningún animal.

Estaba cansado y fui a sentarme al extremo de un promontorio contra el que rompían las olas. A mi vista tenía toda aquella ensenada. Al fondo, había un pequeño puerto rodeado de rocas. Sus aguas en calma dormían al abrigo del viento. Dos o tres barcos podrían haber atracado en él.

Las preguntas se agolpaban en mi cabeza. ¿Dónde acababa aquel mar? ¿Qué había al otro lado? ¿Llegaríamos a verlo?

Al día siguiente me desperté completamente recuperado y pensé que un baño me vendría bien. Después, pudimos tomar un estupendo desayuno que Hans preparó con el agua y el fuego que ahora teníamos a nuestro alcance. El café me supo como nunca.

—Ahora vamos ver si en este Mediterráneo hay peces de alguna especie desconocida.

—¿Peces aquí? —repliqué.

—¿Por qué no? Podemos fabricar unas cañas a ver si tenemos suerte con el anzuelo. Hay que descubrir todos los secretos de estas regiones.

—Pero ¿dónde estamos, tío? Porque todavía no le he preguntado lo fundamental.

—A unas trescientas leguas de Islandia.

—¿Tanto?

—Estoy seguro de no equivocarme en más de quinientas toesas.

—¿Y a qué profundidad?

—A una profundidad de treinta y cinco leguas.

—Eso quiere decir que estamos debajo de Escocia, bajo los montes Grampianos y sus cumbres cubiertas de nieve.

—Sí —respondió el profesor riendo—. Es un poco duro de admitir, pero la bóveda es sólida. El gran arquitecto del universo trabajó con buenos materiales, jamás el hombre hubiera podido hacer nada parecido. ¿Qué son los arcos de los puentes o las naves de las catedrales en comparación con esta caverna bajo la que cabe un océano con todas sus tempestades?

—No es que tenga miedo de que se me vaya a desplomar sobre la cabeza, pero... ¿cuáles son sus planes ahora?, ¿volveremos a la superficie?

—¡Volver! ¡Nada de eso! Y no hay tiempo que perder, mañana mismo nos haremos a la mar.

—¿A la mar? ¿Y en qué barco piensa usted hacerlo? —dije mirando a mi alrededor.

—No será un barco, sino una balsa. ¿No oyes los martillazos? Hans ya está trabajando en ella. Vamos a verlo.

## Capítulo XV

### Un viaje al pasado

Al otro lado del promontorio que formaba el puerto, estaba Hans trabajando. Para mi sorpresa, tenía la balsa ya medio terminada sobre la arena. Estaba hecha de vigas de una madera particular, el suelo estaba sembrado de ellas y había suficientes para construir una flota entera.

—¿Qué madera es esta? —pregunté.

—Es madera de pino, de abeto, de cedro, madera corriente mineralizada por la acción del mar.

—¿Es posible?

—Es lo que llaman *surtarbrandur* o madera fósil.

—¿Y flotará esa madera petrificada?

—Mira —dijo arrojando un trozo al mar.

El trozo de madera desapareció en el agua pero volvió a la superficie y quedó flotando en las olas.

—¿Convencido?

—Convencido, sobre todo de que es increíble.

Al día siguiente por la tarde, gracias a la habilidad de nuestro guía, la balsa estaba terminada. Tenía diez pies de largo por cinco de ancho. Las vigas de *surtarbrandur*, atadas fuertemente con cuerdas, ofrecían una superficie sólida, y una vez en el agua, flotó tranquilamente sobre las aguas del mar de Lidenbrock.

El 13 de agosto nos levantamos muy de mañana. A las seis, el profesor dio la señal de embarcar. Los víveres, el equipaje, el instrumental, las armas y una buena cantidad de agua dulce ya estaban en su sitio. Hans había instalado un timón, se puso en él y yo solté las amarras. En el momento de abandonar el puerto, mi tío quiso darle un nombre a aquel

accidente geográfico, el mío entre otros, pero yo le propuse uno, el nombre de Graüben.

—Puerto Graüben quedará bien en el mapa —le dije.

—Así será —contestó.

De manera que el nombre de mi querida virlandesa se unió a nuestra expedición.

Soplaba brisa del noroeste. Nuestras mantas, convertidas en velas, nos llevaban con rapidez.

—Si seguimos así —dijo mi tío—, haremos, por lo menos, treinta leguas cada veinticuatro horas y no tardaremos en divisar la orilla opuesta.

Grandes nubes paseaban rápidamente su sombra grisácea por la superficie del mar. Los rayos plateados de la luz eléctrica se reflejaban aquí y allá en las gotas que salpicaban.

Hacia mediodía encontramos algas. Eran como inmensas serpientes de tres o cuatro mil pies de largo que se perdían a la vista sin que le viéramos el final. ¿Qué naturaleza podía producir plantas semejantes? ¿Cómo debía de ser el aspecto de la Tierra en los primeros siglos, cuando la acción del calor y la humedad hacían crecer la vegetación sin medida ni competencia?

Llegó la noche y, como había esperado, la luz no desapareció. El fenómeno eléctrico era constante y podíamos contar siempre con él. Después de la cena, me eché a dormir mientras Hans seguía en el timón. Desde que zarpamos, el profesor me había encargado llevar un diario de a bordo, así que me limitaré ahora a dar cuenta de las anotaciones de aquellos días.



*Viernes, 14 de agosto.*—Brisa sostenida del noroeste. La balsa marcha con rapidez. Nada en el horizonte. La intensidad de la luz no varía. Buen tiempo. Temperatura 32°C.

A mediodía, Hans prepara un anzuelo. Lo ceba con un trozo de carne y lo arroja al mar. Durante dos horas no coge nada. ¿Están estas aguas deshabitadas? No. Se produce una sacudida. Hans tira del sedal y saca un pez que se revuelve violentamente.

—¡Un pez! —exclama mi tío.

—¡Un esturión! —digo yo.

El profesor mira el animal con atención y no comparte mi opinión. El pez tiene la cabeza plana y el cuerpo cubierto de escamas óseas.

—Este pez —dice— pertenece a una familia extinta hace siglos, al orden de los ganoides, familia de los cefaláspidos, género de los *pterichtys*. Lo juraría. Y es ciego.

—¿Ciego?

—No solo ciego, sino que no tiene ojos.

Miro y compruebo que es cierto. Seguro que hay muchos, porque en una hora hemos pescado gran cantidad de ellos. Nuestras provisiones se renuevan con esta pesca inesperada.

Puede que encontremos algunos saurios antiguos de esos que reconstruyen a partir de un solo hueso. Miro el cielo y me pregunto por qué no hay pájaros. Mi imaginación se echa a volar y creo ver quersitas, esas tortugas antediluvianas como islotes flotantes, y en las orillas, el leptoterio, encontrado en las cavernas del Brasil, y el mericoterio, venido de las heladas regiones de Siberia; más lejos, el anoploterio, extraño animal, mezcla de rinoceronte, caballo, hipopótamo y camello; el mastodonte, que embiste con sus colmillos las rocas de la orilla, mientras el protopiteco, el primer mono aparecido en la superficie del globo, escala las cumbres. Más arriba todavía, el pterodáctilo, con sus manos aladas, vuela como un murciélago por los aires.

Todo este mundo fósil renace en mi imaginación. Me transporto a las épocas bíblicas de la creación. Toda la vida de la Tierra se resume ante mis ojos, y ya no hay estaciones ni climas. El calor del globo aumenta sin cesar y la vegetación se desborda. Los siglos pasan como los días y remonto la evolución de la Tierra hasta que las plantas desaparecen. El estado líquido sustituye al sólido a medida que el calor se hace más y más intenso. Las aguas hierven y se hacen vapor, y todo se convierte en una masa de gas tan grande y brillante como el sol.

—¿Qué te pasa? —dice mi tío—. Ten cuidado, Axel, que te vas a caer al mar.

*Sábado, 15 de agosto.*—Sigue el mar monótono y uniforme. No hay tierra a la vista. Mi tío escudriña el horizonte con su catalejo y luego se cruza de brazos malhumorado. Su impaciencia ha vuelto.

Antes de zarpar había estimado que aquel océano tendría unas treinta leguas, pero ya hemos recorrido un camino tres veces más largo y todavía no hay señales de tierra.

—No descendemos —dice el profesor—. Todo esto es tiempo perdido. No hemos llegado tan lejos para darnos un paseo en barco.

Yo le digo que estamos siguiendo la ruta de Saknussem, pero él responde que no sabemos si es así o no, que quizá el riachuelo nos haya perdido. El espectáculo que se nos ofrece no le importa en absoluto.

—No se trata de ver. Me he propuesto una meta y quiero alcanzarla.

A las seis de la tarde, Hans reclama su paga y le son entregados sus tres rixdales.

*Domingo, 16 de agosto.*—Nada nuevo. El mismo tiempo. Siempre tengo el temor de que el fenómeno eléctrico se extinga y nos deje sin luz.

Mi tío lanza la sonda hasta más allá de doscientas brazas, pero no toca fondo. Nos cuesta mucho recuperar la sonda, y, al sacarla a la superficie, vemos que está retorcida.

—*Tänder* —dice Hans.

No comprendo, pero miro a mi tío y me hace señales de abrir y cerrar la boca.

—¡Dientes! —exclamo entonces estupefacto.

¡Sí, son dientes, y han dejado su mordida en el hierro! Las mandíbulas que lo han hecho deben de tener una fuerza prodigiosa. ¿Qué monstruo será el capaz de semejante bocado?

*Lunes, 17 de agosto.*—Pienso en los animales antediluvianos que sucedieron a los moluscos, a los crustáceos y a los peces, y precedieron a los mamíferos sobre la Tierra. El mundo pertenecía entonces a los reptiles. Los actuales saurios, los caimanes y cocodrilos más grandes y fieros, no son sino débiles reproducciones de sus antepasados del período Jurásico. ¿Tendremos que enfrentarnos a uno de ellos?

En el Museo de Hamburgo he visto el esqueleto de uno de esos saurios que medía treinta pies de longitud. Y supongo que el profesor Lidenbrock está pensando lo mismo que yo. Echo un vistazo a mis armas y compruebo que están preparadas. El agua se agita. El peligro está cerca.

*Martes, 18 de agosto.*—Llega la noche, o mejor la hora de dormir, porque esta luz no se apaga nunca. Hans está al timón y yo duermo durante su guardia. Dos horas después, me despierta una espantosa sacudida. La balsa sale despedida a veinte toesas con una fuerza indescriptible.

—¿Qué es eso? —grita mi tío—. ¿Hemos chocado?

Hans señala a una masa negra que sube y baja en el agua.

—¡Una marsopa!

—¡Sí, y allí un lagarto descomunal! ¡Mira su boca y sus dientes!  
¡Ahora desaparece!

—¡Y allí un cocodrilo monstruoso! ¡Mire sus colmillos! ¡Ah, desaparece!

—¡Una ballena! ¡Una ballena! —grita entonces el profesor.

Veo sus aletas enormes y dos surtidores de agua se levantan a increíble altura. Estamos estupefactos ante aquel rebaño de monstruos marinos, pero enseguida aparece una tortuga de cuarenta pies y luego una serpiente de unos treinta de longitud.



Es imposible escapar. Los reptiles se acercan y rodean la balsa. Cojo mi carabina, pero ¿qué puede suponer una bala contra las escamas de aquellos animales? Estamos mudos de espanto. Ahora se acercan el cocodrilo por un lado y la serpiente por otro, el resto de los animales ha desaparecido. Voy a disparar, pero entonces Hans me detiene con una señal. Los dos animales pasan junto a la balsa y se enzarzan en una lucha terrible. En medio de la pelea me parece ver aparecer fugazmente al resto de los animales, la marsopa, la ballena, la tortuga, el lagarto.

—*Tva* —dice él.

—¡Tiene razón! —exclama mi tío—, ¡son solo dos! El primero tiene hocico de marsopa, cabeza de lagarto y dientes de cocodrilo. Es el más temible de los animales antediluvianos, el ictiosaurio.

—¿Y el otro?

—El otro es una serpiente oculta en el caparazón de una tortuga. El peor enemigo del primero, ¡el plesiosaurio!

Hans tenía razón. Ahora los veo perfectamente. Ahí está el ojo sanguinolento del ictiosaurio, grande como la cabeza de un hombre. Y el cuello poderoso que sale del caparazón del plesiosaurio. La furia de los dos animales es indescriptible, levantando montañas de agua a una brazada de la balsa. A punto estamos de naufragar.

La lucha se prolonga durante más de una hora con la misma violencia. De pronto, una cabeza se levanta fuera del agua, la cabeza del plesiosaurio herido de muerte. Da un vuelco tremendo y vuelve a levantarse para caer de nuevo en terrible agonía. Por un momento no podemos ver nada, hasta que cesan sus convulsiones y queda flotando sin vida sobre las aguas. El ictiosaurio ha desaparecido.

## Capítulo XVI

# Tempestad

*Miércoles, 19 de agosto.*—El viento sopla con fuerza y nos saca rápidamente de allí. Con Hans al timón, el viaje vuelve a su monótona normalidad.

No quisiera volver a los peligros de ayer.

*Jueves, 20 de agosto.*—Brisa norte-noreste. Temperatura cálida. Velocidad: tres leguas y media por hora.

Hacia mediodía se oye un murmullo lejano, como un mugido. Pasan tres horas y el ruido parece venir de una cascada. Quizá al profesor le guste un descenso vertical, pero lo que es a mí... En cualquier caso, debe de haber algo a pocas leguas de distancia, porque los mugidos se oyen ahora con gran violencia. Si todo el ruido procede de un salto de agua, la corriente debería acelerarse. Observo la corriente pero no hay ninguna señal.

Hans se levanta sobre las cuatro y trepa al mástil. Desde allí recorre con su mirada todo el océano que nos rodea y se detiene en un punto.

—Ha visto algo —dice mi tío.

—*Der nere.*

—¿Allí? —responde cogiendo su catalejo.

—¡Sí, sí! —grita.

—¿Qué ve?

—Un chorro inmenso que se levanta sobre las olas.

—¿De algún animal?

—Quizá.

A las ocho de la tarde estamos a dos leguas del surtidor que surge de un cuerpo negruzco, enorme y monstruoso, que se extiende en el mar como un islote. Parece que pasa de las mil toesas de longitud. Corremos

como insensatos hacia esta masa que no juntarían cien ballenas y el terror se apodera de mí.

De repente, Hans se levanta y dice:

—*Holme!*

—¡Una isla! —exclama mi tío.

—¡Una isla! —digo yo a mi vez—. Pero ¿y esa columna de agua?

—*Geysir* —dice Hans.

—Pues claro, un géiser<sup>[23]</sup> —continúa mi tío—. Un géiser como los de Islandia.

Cuando nos acercamos, el chorro se vuelve descomunal. La palabra géiser en islandés significa «furor». De vez en cuando se oyen explosiones y la luz eléctrica se descompone en mil rayos de todos los colores. Hans nos conduce hasta un extremo del islote y desembarcamos. Nos acercamos a un pequeño géiser y ponemos un termómetro en el agua. Marca ciento sesenta y tres grados. Parece que la temperatura que hemos disfrutado en nuestro viaje podría cambiar en cualquier momento y alcanzar ese calor extremo que predicen algunos. Esto contradice las teorías del profesor sobre el calor del núcleo terrestre. No puedo dejar de hacerle la observación, pero él responde:

—Bueno, ¿y qué es lo que prueba esto contra mi teoría? Ya veremos.

Bautiza el islote con mi nombre y da orden de zarpar. Hans ha aprovechado para hacer algunas reparaciones en la balsa. Hemos recorrido doscientas setenta leguas desde Puerto Graüben, y estamos a seiscientos veinte leguas de Islandia, bajo Inglaterra.

*Viernes, 21 de agosto.*—El islote ha desaparecido. El tiempo ha refrescado y nos alejamos con rapidez. La atmósfera se está cargando de humedad y la luz apenas puede atravesarla. Las nubes poco a poco se hinchan cargadas de electricidad. Los cabellos se me erizan. Parece que, si me tocan mis compañeros, van a recibir una tremenda descarga.

A las diez de la mañana, la tormenta es inminente.

—Viene mal tiempo —digo.

El profesor no responde. Está de un humor de perros. Se da la vuelta y se encoge de hombros.

—Tendremos tormenta —insisto—. Parece que las nubes van a aplastarnos.

Silencio general. El viento calla. La naturaleza parece muerta y ya no respira. A pesar del peligro de ser arrastrados por la tempestad que se avecina, mi tío se niega a arriar la vela.

—¡No, por todos los diablos! —grita—. Que nos lleve el viento y la tormenta con tal de que pueda ver por fin una orilla, aunque nos estrellemos contra ella.

No ha terminado de hablar, cuando se desata la tormenta. El viento se convierte en huracán y todo se vuelve oscuro, apenas puedo escribir. La balsa salta sobre las olas, pero Hans se mantiene inmóvil al timón. Sus largos cabellos ondean al viento y parece salir un rayo de luz de cada uno de sus mechones. Su rostro impassible tiene un aspecto antiguo, antediluviano, como el mundo que nos rodea.

La vela hinchada nos arrastra a una velocidad que soy incapaz de calcular. Cae la lluvia como un torrente y los estampidos del trueno se mezclan con los resplandores del rayo. La masa del aire se vuelve incandescente y me ciega la luz. ¡Me aferro al mástil pero se dobla como una caña por la violencia del huracán!

(Aquí mis notas de viaje resultan muy incompletas. No he encontrado más que algunas observaciones fugaces, pero en su brevedad y su oscuridad palpita la emoción del momento).

*Domingo, 23 de agosto.*—¿Dónde estamos? Viajamos a toda velocidad. La noche ha sido espantosa. La tormenta no se apacigua y es tal el fragor de los truenos que ni siquiera podemos hablar. Nos sangran los oídos. El calor aumenta. Miro el termómetro e indica... (la cifra está borrada).

*Lunes, 24 de agosto.*—¡Esto no acabará nunca! Estamos rotos por la fatiga, aunque Hans sigue como siempre. Hemos hecho doscientas leguas en dirección sureste desde el islote Axel.

A mediodía aumenta la violencia del huracán. Hay que apretar las amarras del equipaje, también nosotros nos amarramos. Llevamos tres días sin cruzar palabra. Incluso hablando al oído apenas puede uno entenderse. Mi tío se me acerca y pronuncia algunas palabras. Creo que me ha dicho: «Estamos perdidos», pero no estoy seguro.

—Arriemos la vela —le digo.

Me hace una seña de que consiente.

Apenas ha tenido tiempo de mover la cabeza, cuando un disco de fuego aparece a un costado, y el mástil salta hecho pedazos. La bola, medio blanca medio azulada, del tamaño de una bomba de diez pulgadas, se pasea lentamente girando con la fuerza del huracán. Salta de un lado a otro y roza la caja de la pólvora. ¡Horror! ¡Vamos a volar por los aires! Finalmente se aparta y sigue girando entre nosotros inundándolo todo de un olor de gas nitroso que nos impide respirar. Nos ahogamos. Intento apartarme, pero no puedo, tengo el pie como clavado a la balsa. ¡Ah!, la caída del globo eléctrico ha imantado todo el hierro de abordo. Los instrumentos, las armas, las herramientas, todo entrechoca con un ruido ensordecedor. Los clavos de mi zapato se han pegado a una chapa del piso de la balsa.



Por fin consigo, en un esfuerzo supremo, apartar el pie cuando la bola iba a arrastrarme en su giro. ¡Qué luz tan intensa! El globo estalla y las llamas acaban por sepultarnos. Luego todo se apaga. Tengo tiempo de ver a mi tío tumbado sobre la balsa, mientras Hans, siempre al timón, parece escupir fuego.

—¿Dónde acabará todo esto?

*Martes, 25 de agosto.*—Cuando recobro la consciencia, la tormenta continúa. Seguimos en el mar, todavía a una velocidad imposible. Hemos pasado bajo Inglaterra, bajo Francia y quizá bajo toda Europa.

Se oye un nuevo ruido. Es el mar que rompe contra las rocas... Pero entonces...

## Capítulo XVII

### **Al fin, tierra**

**A**quí termina lo que he llamado «El diario de a bordo», salvado milagrosamente del naufragio.

No podría decir lo que ocurrió al chocar contra las rocas. Si me salvé de morir, fue porque Hans me apartó de los escollos en el momento del impacto. Nos agarró a los dos y pudo arrastrarnos hasta la playa. Y aún tuvo tiempo y fuerzas para salvar algunas de nuestras cosas y preparar algo de comer. Después, caímos los tres en un doloroso sueño.

Por la mañana, el profesor ya estaba jovial y animado, como si no hubiera pasado nada.

—¿Has dormido bien? —preguntó.

Parecía que estuviéramos en nuestra casa de Hamburgo y que fuera a casarme yo aquel mismo día con la pobre Graüben.

—Bien —respondí—, un poco cansado todavía.

—Eso no será nada, algo de fatiga y ya está.

—Parece que está muy contento esta mañana, tío.

—Encantado, muchacho, encantado. Hemos llegado.

—¿Al final de la expedición?

—No, al final de este mar que no se acababa nunca. Ahora seguiremos el camino por tierra hasta las entrañas del globo.

—¿Y para cuándo la vuelta?

—¿Vuelta? ¿Ya estás pensando en volver y todavía no hemos llegado?

—No, solo quería saber cómo lo haremos.

—Pues de la manera más sencilla. Por el camino que hemos traído o por una ruta nueva que nos lleve a la superficie.

—¿Y habrá provisiones suficientes?

—Vamos a ver lo que Hans ha podido salvar.

Fuimos hasta la orilla y encontramos a nuestro guía con todo lo que había conseguido reunir. Mi tío le estrechó la mano con gratitud. Aquel hombre sobrehumano había estado ocupado en salvar todo lo posible mientras nosotros dormíamos.

Habíamos perdido las armas, pero teníamos la pólvora, y todo el instrumental estaba en buen estado. Las cajas de provisiones estaban todas intactas. Teníamos galletas, carne salada, ginebra y pescado seco para cuatro meses.

—¡Cuatro meses! —exclamó el profesor—. ¡Tenemos suficiente para ir y volver, y con lo que sobre aún puedo dar una cena para mis colegas en el Johannaem!

No sé por qué me extrañaba. Ya debía estar acostumbrado a su carácter.

—Ahora cogeremos agua para el camino y le diré a Hans que arregle la balsa por si la necesitamos, aunque estoy pensando que quizá ya no nos sirva.

—¿Por qué?

—Se me ha ocurrido una idea. Creo que no saldremos por donde hemos entrado.

Me preguntaba si no se habría vuelto loco. No imaginaba entonces cuánta razón tenía.

Preparamos el desayuno: carne seca, galletas y té, un desayuno excelente, uno de los mejores que recuerdo en toda mi vida. Después, hicimos los cálculos para saber nuestra situación. Si nuestros cálculos eran correctos, debíamos de encontrarnos a novecientas leguas de Reikiavik, debajo del Mediterráneo, pero tanto podía ser Turquía como el extremo opuesto.

—Vamos a comprobarlo con la brújula —dije.

Nos dirigimos adonde Hans, pues estaba en una de las cajas. Mi tío cogió el instrumento y miró atentamente la aguja hasta que se detuvo por la fuerza del magnetismo.

Dudó un momento y se frotó los ojos antes de volver a mirar. Luego me miró a mí con cara de estupefacción enseñándome la brújula para que observara. Tampoco yo podía creer el resultado, la aguja señalaba el norte

donde nosotros creíamos que se encontraba el sur. Durante la tempestad había ocurrido algo que nos había llevado bien lejos de donde creíamos ir.

Nunca vi a un hombre tan desconcertado. Después de las fatigas de la travesía y los peligros que habíamos pasado, había que volver a empezar. Habíamos retrocedido en lugar de avanzar.

No obstante, mi tío se rehízo rápidamente.

—¡Qué jugarretas nos hace el destino! —exclamó—. Todo está contra mí, pero no cederé. Ya veremos quién gana, si la naturaleza o yo. ¡A la balsa! —gritó.

Esa fue su respuesta. Podía suplicar o enojarme, pero era imposible oponerse. El profesor tenía una voluntad dura como el granito. Y Hans parecía que le adivinara el pensamiento. Apenas había el profesor terminando de hablar, cuando acabó él de reparar la balsa y ya estaba poniendo la vela en el mástil. Estaba listo para zarpar.

¿Qué podía hacer yo? Si Hans se hubiera puesto de mi parte..., pero parecía que hubiera hecho promesa de obediencia. Me dispuse a subir a la balsa, pero mi tío me detuvo con la mano.

—Partiremos mañana —dijo.

Y yo bajé resignado a obedecer lo que quisiera mandar.

Empleamos el resto del día en reconocer los alrededores. El profesor no quería irse de allí sin explorarlos. Dejamos la orilla y nos dirigimos a los muros de roca. Debía de haber una media hora de camino. El suelo hasta allí estaba sembrado de montones de conchas de todas las clases y tamaños. Algunos caparazones de gigantescas tortugas superaban los quince pies de diámetro. También había trozos de piedra como arrastrados por la marea, lo que hacía pensar que aquel lago, o lo que fuera, había sido más grande y debía de estar perdiendo agua hacia el interior de la Tierra. Pensé que quizá todo él se hubiera formado con filtraciones de los océanos de la superficie, aunque ahora las grietas que habían dejado pasar el agua debían de estar taponadas, pues si no toda aquella inmensa caverna habría estado llena hasta arriba. Quizá parte del agua se hubiera evaporado por influencia del fuego subterráneo y fuera el origen de las nubes que flotaban sobre nuestras cabezas.

El terreno se hizo cada vez más quebrado y nos obligó a caminar trabajosamente sobre un mar de piedras hasta que llegamos a un llano

cubierto de huesos. Montañas de ellos se perdían en el horizonte. Allí estaba la historia de la vida entera sobre el planeta. Era asombroso, apenas podíamos articular palabra. Leptoterios, mericoterios, lofodiones, anoploterios, megaterios, mastodontes, protopitecos, pterodáctilos y todos los monstruos antediluvianos que se exponían en los grandes museos de todo el mundo.



Pero aún quedaba una sorpresa. Mi tío, con sus ojos desencajados detrás de las gafas, se agachó de pronto, cogió un cráneo desnudo y corrió hacia mí gritando:

—¡Axel! ¡Axel! ¡Una cabeza humana!

## Capítulo XVIII

### **Hombres antediluvianos**

El 28 de marzo de 1863, los obreros que excavaban las canteras de Moulin-Quignon, cerca de Abbeville, en Francia, encontraron una mandíbula humana a catorce pies de profundidad. Era el primer fósil de esta especie sacado a la luz.

El acontecimiento enseguida se hizo famoso, no solo en Francia, sino en Inglaterra y Alemania. Sabios de todos los países examinaron la pieza y dieron por demostrado que el hombre se remontaba al período Cuaternario. Hubo algunos que intentaron demostrar que el hallazgo no era tan antiguo, pero mi tío y otros colegas atacaron sus teorías demostrando la antigüedad del terreno. Después se encontraron otras mandíbulas, y la existencia del hombre en el Cuaternario se confirmaba cada vez más. Así estaban las cosas y ahora, a veinte pasos de distancia, teníamos una prueba completa.

Era un cuerpo humano perfectamente reconocible. Tenía la piel apergaminada, los miembros y los dientes intactos, y el cabello abundante. Nos quedamos mudos ante aquella visión. Levantamos el cuerpo y lo pusimos de pie. Nos miraba con las cuencas de los ojos vacías. El profesor se creyó entonces que estaba en una de sus clases y se puso a explicar el hallazgo a un auditorio imaginario.

—Señores, tengo el honor de presentarles a un hombre de la época Cuaternaria. Muchos sabios han negado su existencia, pero aquí lo tienen. Seguir dudando sería un insulto a la ciencia. He aquí un hombre fósil, contemporáneo de los mastodontes...

Dio una conferencia completa como si estuviese en el Johannaem olvidándose de todo a su alrededor. Cuando terminó, rompí a aplaudir. En verdad, el espectáculo era asombroso, generaciones de hombres y de

animales confundidos en aquel cementerio. Quedaba, sin embargo, una duda. ¿Habían llegado hasta allí aquellos seres después de muertos, arrastrados por algún movimiento geológico? ¿O habían nacido y muerto en aquel mundo subterráneo? Hasta entonces, solo habíamos visto peces y monstruos marinos vivos, ¿habría también hombres en aquellas playas desiertas?

Todavía anduvimos media hora más sobre el suelo de huesos hasta que perdimos de vista la orilla. Los vapores se esfumaron y apareció de nuevo el cielo de luz difusa. A una milla apareció un bosque frondoso. Era la vegetación de la era terciaria en todo su esplendor: grandes palmeras de especies hoy desaparecidas, pinos, tejos, cipreses y tuyas, envueltas en un laberinto de lianas. El suelo estaba cubierto de una alfombra espesa de musgo. Algunos arroyos murmuraban bajo los árboles y en sus bordes crecían helechos como árboles.

Mi tío Lidenbrock se aventuró bajo el bosque y yo le seguí con temor. Si se habían criado semejantes árboles, ¿por qué no podía haber animales temibles? En los claros había arbustos comestibles de todas las clases para alimentar a cualquier rumiante. Luego aparecían, mezclados y confundidos, árboles de diferentes latitudes; la encina junto a la palmera tropical, el eucalipto australiano junto al abeto noruego. Era para volver loco al botánico más experimentado.

De pronto me detuve y agarré a mi tío. La luz dejaba entrever los detalles en la espesura del bosque. Me pareció vislumbrar algo. ¡No! Estaba viendo con mis propios ojos mastodontes, pero no fósiles, sino vivos. Veía a aquellos grandes elefantes agitar sus trompas y embestir con sus colmillos los viejos troncos mientras devoraban enormes cantidades de hojas y ramas.

—¡Vamos! —dijo de repente el profesor cogiéndome el brazo—. ¡Adelante! ¡Adelante!

—No —grité yo—. Vamos desarmados. ¿Qué haríamos en medio de ese rebaño de monstruos? ¿Quién podría enfrentarse a la cólera de esos animales gigantes?

—Mira allí —dijo él—. Parece un ser vivo como nosotros, ¡un hombre!

Costaba creerlo, pero allí estaba. A menos de un cuarto de milla, un gigante de doce pies de altura, apoyado en un árbol, guardaba aquel rebaño de mastodontes. Tenía la cabeza del tamaño de la de un búfalo y llevaba en la mano una enorme rama como si fuera un bastón.

—Venga, vayámonos de aquí —decía yo arrastrando a mi tío, que por primera vez se dejaba llevar.

Ahora que pienso en aquello, me pregunto si era real o solo un engaño de nuestra imaginación. Ningún ser humano puede vivir en semejantes profundidades. Tuvo que ser un mono, alguna especie parecida a los seres humanos, un protopiteco o mesopiteco, por difícil que parezca creerlo, pero un hombre vivo, ¡jamás!

Volvimos en dirección a la orilla e intenté descubrir si había señales de Puerto Graüben, el lugar de donde habíamos partido. Busqué la madera fósil, con la que Hans fabricó la balsa, el Hansbach, el riachuelo que nos había traído hasta allí, y la caverna donde había vuelto a la vida, pero todo el paisaje se parecía demasiado. Entonces vi brillar algo en el suelo. Me agaché y le enseñé a mi tío un puñal oxidado.

—¿Trajiste ese puñal contigo? —me preguntó.

—No, no es mío —respondí.

—Debe de ser de Hans. Se parece a las armas que usan los islandeses.

Intenté convencerlo de que podía ser una herramienta antediluviana, pero él me hizo ver que la hoja era de acero, y que de ninguna manera podía corresponder a esa época. Ni siquiera a la Edad del Bronce. Lo examinó durante un momento, me miró y dijo:

—Calma, Axel. Este puñal es un arma del siglo XVI, una daga de origen español. No pertenece a ningún cazador ni a ningún hombre que haya podido vivir en las entrañas de la Tierra.



—¿Se atreve a decir...? —interrumpí.

—Axel —siguió el profesor—, estamos en el camino de un gran descubrimiento. Esta hoja lleva aquí abandonada en la arena hace cien, doscientos, trescientos años quizá. Pero no ha venido sola. Alguien la ha traído, y ese hombre ha querido marcar la ruta del centro de la Tierra. ¡Hay que buscar!

Recorrimos la zona buscando alguna señal, la entrada de alguna galería por pequeña que fuese, o alguna otra cosa. Andando, llegamos a un lugar

en que la orilla se acercaba al muro de roca. Allí, entre dos salientes, había una entrada hacia el interior de lo que parecía un túnel. Sobre el granito, aparecían dos letras misteriosas medio borradas, las dos iniciales del audaz y fantástico viajero:



—¡A. S.! —exclamó mi tío. ¡Arne Saknussem! ¡Siempre Arne Saknussem!

## Capítulo XIX

### **Tras las huellas de Saknussem**

Durante el viaje habíamos visto muchas cosas increíbles. Debía de haberme ya acostumbrado, pero la visión de aquellas dos letras que llevaban escritas allí más de trescientos años me dejó de piedra. Ahora ya no cabía duda de la existencia de Saknussem y de su viaje.

El profesor estalló en alabanzas.

—¡Oh, genio prodigioso! No has olvidado nada de lo que podría abrir el camino a otros, a cualquiera que tuviera el valor de seguirte. Nos has traído hasta aquí a contemplar estas maravillas de etapa en etapa, señaladas cada una por tu propia mano. Pues bien, también yo firmaré con mi nombre esta última página de granito. Desde ahora, este lugar descubierto por ti llevará el nombre de cabo Saknussem.

Su entusiasmo se contagiaba. Me olvidé de los peligros del viaje y de la vuelta, y ya nada me parecía imposible.

—¡Adelante, adelante! —exclamé.

Y ya iba a lanzarme al interior de la galería, pero el profesor me cogió del brazo y me dijo:

—Volvamos primero en busca de Hans. Traeremos la balsa hasta aquí.

Obedeciendo a regañadientes, me deslicé rápidamente entre las rocas hasta la orilla en busca de nuestro guía.

Sin duda, a pesar de las penalidades, las circunstancias habían estado siempre de nuestra parte. Incluso la tempestad nos había llevado por el buen camino. Bendita tempestad, que nos había traído a este lugar del que el buen tiempo nos habría alejado. ¡Habría sido tan fácil perderse en aquel mar inmenso! Podríamos estar ahora en cualquier playa extraviada. Había algo providencial en nuestro viaje, en que navegando hacia el sur hubiéramos vuelto precisamente hacia el norte y al cabo Saknussem.

Cuando llegamos a la balsa, Hans lo tenía todo listo. Embarcamos y navegamos hasta el cabo siguiendo la costa. El viento soplaba en contra, así que tuvimos que empujarnos con los bastones contra las rocas para poder avanzar. Después de tres horas, hacia las seis de la tarde, llegamos a un buen lugar para saltar a tierra. A unos veinte pasos estaba la entrada de la galería. Amarramos la balsa y nos pusimos en marcha.

El profesor encendió su aparato de Ruhmkorff e iluminó la entrada. Era un túnel casi circular, de unos cinco pies de diámetro, abierto en la roca viva. Pudimos entrar sin dificultad y avanzamos por su interior, pero al poco dimos con un bloque enorme de piedra que cerraba el camino.

—Maldita roca —grité.

Buscamos a derecha e izquierda, arriba y abajo, pero no había paso, tampoco otro camino. Era duro admitirlo, no había el más pequeño resquicio por ninguna parte. Me agaché y miré con la ayuda de Hans que me iluminaba, y también por arriba. No quedaba esperanza, había que renunciar a pasar.

Me senté en el suelo mientras mi tío recorría el corredor a grandes zancadas.

—¿Y entonces Saknussem? —exclamé.

—Sí —dijo mi tío— ¿se quedó detenido por esta puerta de piedra?

—¡No, no! —contesté con violencia—. La roca ha cerrado el paso por alguna sacudida o por alguno de esos fenómenos magnéticos que agitan la corteza terrestre. Entre el regreso de Saknussem y la caída de este bloque han podido transcurrir muchos años. Cuando él estuvo aquí, la galería estaba libre. Si no somos capaces de pasar, no seremos dignos de llegar hasta el centro del globo.

¡Así hablaba yo! El espíritu del profesor me había poseído por completo. Ni me acordaba ahora de lo pasado ni me preocupaba el futuro. Ya no existía ni Hamburgo ni Königstrasse ni mi pobre Graüben, que debía crearme perdido en las entrañas de la Tierra.

—Abrámonos camino con las piquetas —dijo mi tío.

—El granito es demasiado duro —exclamé.

—El pico, entonces —replicó.

—Tampoco bastaría.

—Pero...

—¡Ya está! ¡La pólvora! —grité triunfante.

—¡Sí! —asintió él emocionado—. Solo tenemos que romper una esquina de la roca para pasar. ¡Manos a la obra, Hans!

El islandés volvió a la balsa y regresó con todo lo necesario. Había que hacer un agujero suficiente para meter cincuenta libras<sup>[24]</sup> de fulmicotón, cuyo poder expansivo es cuatro veces más fuerte que el de la pólvora de cañón. Mientras Hans trabajaba, yo ayudaba a mi tío a preparar la mecha.

—Pasaremos —decía.

—Pasaremos —repetía mi tío.

A media noche habíamos terminado. La mecha recorría toda la galería hasta el exterior. Solo faltaba una chispa para prenderla y volarlo todo. Sin embargo, tuve que resignarme a esperar seis largas horas hasta la mañana siguiente.

## Capítulo XX

# Pólvora

El día siguiente, 27 de agosto, fue un día inolvidable. No puedo recordarlo sin volver a estremecerme. A partir de aquel momento ya no fuimos dueños de nuestro destino, sino juguetes en manos de los fenómenos de la Tierra.

A las seis estábamos en pie, preparados para volar la masa de granito que nos cerraba el paso. Para mí fue el honor de encender la mecha. Después tenía que correr a la balsa donde estarían mis compañeros esperando para zarpar. Según nuestros cálculos, la mecha debía arder durante diez minutos antes de alcanzar la pólvora. Tenía tiempo más que suficiente.

Después de una comida rápida, Hans y mi tío se embarcaron, y yo me quedé en la orilla. Llevaba una lámpara encendida que me serviría para encender la mecha. El profesor tenía su cronómetro en la mano.

—¿Estás preparado? —me preguntó.

—Lo estoy —dije.

—Vamos, muchacho, y recuerda que debes volver inmediatamente.

—No se preocupe.

—¡Fuego! —ordenó entonces.

Acerqué la llama a la mecha, y, en cuanto prendió, volví corriendo a la orilla. Embarqué y Hans, de un fuerte empujón, nos echó al mar. La balsa se alejó una veintena de toesas. El profesor seguía la aguja del cronómetro contando el tiempo.

—Quedan cinco minutos —dijo—. Ahora cuatro. Tres...

Mi corazón iba a mil por hora.

—¡Dos!... ¡Uno!...

¿Qué pasó entonces? Creo que no oí el ruido de la explosión. Se abrió un abismo en plena orilla y el mar no fue más que una enorme ola que levantó la balsa en vertical y la arrojó a la oscuridad más absoluta. Luego sentí que la balsa quedaba suspendida en el aire y caía a plomo. A pesar de la confusión pude entender lo que ocurría. Al volar, la roca había abierto un abismo por el que se había precipitado el mar arrastrándonos. Debíamos de estar siguiendo el camino de Saknussem, solo que nosotros llevábamos todo un océano a nuestras espaldas.

Nos estrechamos codo con codo agarrándonos fuertemente para no salir despedidos. La balsa chocaba con las paredes, aunque los golpes se fueron espaciando, de lo que pude entender que el agujero por el que caíamos se iba ensanchando. Pasó una hora, dos en completa oscuridad. Luego vi un destello iluminar la cara de Hans, que había conseguido encender nuestra lámpara eléctrica.

El túnel era ancho. La balsa a veces giraba arrastrada por remolinos y se acercaba a las paredes, lo que me permitía comprobar la enorme velocidad a la que viajábamos. Mi tío y yo nos agarrábamos a lo poco que había quedado del mástil. Traté de asegurar la carga y pude comprobar que la mayoría de las cosas habían desaparecido. Se había salvado la brújula, pero poco más. Todas las herramientas habían desaparecido. Fue entonces cuando comprobé que no nos quedaba comida, solo un trozo de carne seca y algunas galletas. Miré entre los palos de la balsa, pero no encontré nada. Pensé que moriríamos de hambre, pero enseguida me di cuenta de que quizá ni siquiera tendríamos tiempo para eso.

En aquel momento, la luz de la linterna comenzó a apagarse poco a poco. Volvió a reinar la oscuridad y, como un niño, cerré los ojos para no verla.

Después de un rato, sentí que comenzábamos a ir más deprisa. El aire nos azotaba más fuerte en la cara. La balsa empezó, no ya a deslizarse, sino a caer. Los brazos de Hans y mi tío me apretaban más y más. De pronto, sentí un golpe. Una tromba de agua, como una inmensa columna, cayó sobre nuestras cabezas y creí ahogarme.

No duró mucho, sin embargo. A los pocos segundos pude respirar de nuevo y comprendí que estábamos al aire libre. A pesar de todo, la balsa seguía llevándonos a los tres.

Debían de ser las diez de la noche. Mi recuerdo más vivo es que de repente no se oyó nada. Todo el fragor del agua que nos había acompañado durante horas calló y se hizo el silencio.

—¡Subimos! —oí entonces que decía mi tío.

—¿Qué quiere decir? —exclamé.

—Sí. Subimos, subimos.

Extendí el brazo para tocar la pared y me hice sangre. En efecto, ahora subíamos a gran velocidad.

—¡La antorcha! ¡La antorcha! —gritó.

Con gran dificultad Hans consiguió encenderla y pudo alumbrarnos para ver lo que estaba ocurriendo.

—Lo que pensaba —dijo mi tío—. Un pozo estrecho, de unas cuatro toesas. Hemos llegado hasta el fondo y ahora el agua nos arrastra hacia arriba por una chimenea.

—Sí, pero ¿adónde?

—No lo sé. Tenemos que estar preparados para cualquier cosa. Calculo que estamos subiendo a dos toesas por segundo, es decir, a más de tres leguas y media por hora.

—Pero ¿y si el pozo está cerrado y la presión del agua nos empuja hacia arriba? ¡Moriremos aplastados!

—Axel —respondió el profesor con calma—. La situación es desesperada, pero aún hay oportunidades de salvación y tenemos que aprovecharlas. Debemos aferrarnos a la más pequeña oportunidad.

—Sí, pero ¿qué podemos hacer?

—Comer.

—¿Comer?

—Sí, enseguida.

El profesor dijo algunas palabras en danés, pero Hans negó con la cabeza.

—¿Qué? —gritó mi tío—, ¿que hemos perdido las provisiones?

—Sí, esto es lo que queda, un trozo de carne seca para los tres —contesté.

Mi tío me miraba sin querer comprender mis palabras.

—Y bien, ¿cree todavía que nos salvaremos? —le pregunté. No obtuve ninguna respuesta.

Al cabo de una hora empecé a sentir un hambre terrible, pero no nos atrevíamos a tocar lo poco que nos quedaba. Seguíamos subiendo a toda velocidad y en contra de lo esperado, el calor aumentaba de una manera inquietante. Debíamos de estar a unos cuarenta grados. ¿Qué podía significar aquello? En la hora siguiente, salvo un ligero aumento de la temperatura, no ocurrió nada.

—Hay que hacer algo —dijo el profesor.

—¿Algo?

—Sí, comeremos lo que nos queda. Si no, perderemos las fuerzas y con ellas la esperanza de salvarnos. Tenemos que estar preparados para aprovechar cualquier oportunidad.

Cogió la carne y las pocas galletas que se habían salvado del naufragio e hizo tres partes iguales, una libra de alimento para cada uno. Las repartió y las comimos. Yo lo hice con avidez, casi sin saborearla; Hans, en cambio, masticó con tranquilidad, a pequeños bocados que degustaba con la calma de un hombre despreocupado. Había encontrado también una cantimplora medio llena de ginebra y bebimos un trago para reanimarnos.

—*Förträfflig!* —dijo Hans cuando le tocó beber.

—¡Excelente comida! —respondió mi tío.

Había recuperado las esperanzas, pero era nuestra última comida. Debían de ser las cinco de la mañana. Al hombre le ocurre que, una vez que ha comido, difícilmente piensa en los horrores del hambre. Unos bocados de galleta y de carne pudieron con todas nuestras tribulaciones.

Sin embargo, después de comer, cada cual se volvió a sus pensamientos. ¿En qué pensaba Hans? Era de la tierra más occidental y, sin embargo, se comportaba con la impassibilidad de los orientales. Por mi parte, yo me refugié en los recuerdos, la casa de Königstrasse, mi pobre Graüben, Marta... pasaron por delante de mí, y en los lúgubres rugidos de la galería, creía oír el ruido de la ciudad.

Mi tío seguía a lo suyo. Examinaba con la antorcha en la mano la roca del pozo, intentando reconocer en las capas del terreno la situación en la que nos encontrábamos. Un sabio es siempre un sabio y el profesor Lidenbrock tenía una sangre fría poco corriente. Yo lo escuchaba murmurar palabras de Geología.

—Granito eruptivo —decía—. Estamos todavía en la época primitiva, pero subimos, subimos.

Tocaba la pared vertical con la mano y después decía:

—Ahora los gneiss y los micaesquistos. Bien. Son los terrenos de la época de transición.

¿Qué quería decir? ¿Podía medir el espesor de la corteza terrestre sobre nuestras cabezas? Habíamos perdido el manómetro y no había manera de sustituirlo. La temperatura seguía subiendo. Poco a poco tuvimos que quitarnos las chaquetas y los chalecos, todo nos estorbaba.

—Estamos subiendo hacia un terreno incandescente —grité en un momento en que el calor se hacía insoportable.

—No —respondió mi tío—, es imposible, imposible.

—Pero la pared está ardiendo —dije tocando el muro.

El profesor estaba furioso y, en cuanto a mí, la certeza de que íbamos a una catástrofe segura me llenó de espanto. Todo hervía a mi alrededor. Miré la brújula y se había vuelto loca.

## Capítulo XXI

### **En manos del volcán**

Sí, loca. La aguja saltaba de un polo al otro y recorría todo el cuadrante como presa del vértigo. La corteza está en movimiento continuo, y las corrientes líquidas del interior y el magnetismo tienden a romperla constantemente. Por tanto, era hasta cierto punto normal.

Sin embargo, sí había otros fenómenos que empezaban a preocuparme seriamente. Las explosiones se multiplicaban en un trueno continuo y parecía que toda la roca iba a quebrarse aplastándonos en su interior.

—¡Tío —grité—, tío! ¡Estamos perdidos!

—¿Qué pasa ahora? ¿Qué te preocupa? —me preguntó con una calma pasmosa.

—¿Qué me pasa? Las paredes que se estremecen, el calor, el agua que hierve, es un terremoto.

—¿Un terremoto? —preguntó con extrañeza.

—Sí.

—Muchacho, creo que te equivocas. Espero algo mejor.

—¿Qué quiere decir?

—Una erupción, Axel.

—¡Una erupción! —dije—. ¡Estamos en la chimenea de un volcán en actividad!

—Eso creo, y es lo mejor que puede pasarnos —dijo el profesor sonriendo.

Definitivamente, mi tío se había vuelto loco. ¿Qué significaban aquellas palabras y aquella sonrisa?

—Sí —prosiguió el profesor mirándome por encima de sus gafas—, porque es la única oportunidad que tenemos de volver a la superficie.

No voy a recoger aquí los mil pensamientos que cruzaron por mi cabeza. Mi tío tenía razón por completo y nunca me pareció más atrevido ni más convencido que en aquella ocasión, esperando calculadamente el resultado de una erupción. Yo, sin embargo, me creía morir.

Era evidente que nos arrastraba el empuje de una erupción. Bajo la balsa hervían las aguas y, más abajo, una masa de lava camino del cráter dispuesta a estallar en todas direcciones. Estábamos en la chimenea de un volcán, no había duda.



Me pregunté entonces cuál podía ser aquella montaña y en qué parte del mundo íbamos a ser expulsados. Antes de volverse loca, la brújula no había dejado de señalar el norte. Desde cabo Saknussem habíamos sido arrastrados directamente al norte durante cientos de leguas. ¿Habíamos vuelto a Islandia? ¿Cuál de sus volcanes nos serviría de salida?

Por la mañana, el movimiento de ascensión se aceleró. El calor aumentaba y las paredes empezaron a despedir lenguas de fuego que lamían la roca. La galería se ensanchaba y, a derecha e izquierda, se abrían profundos corredores por los que escapaban los vapores.

—¡Mire, tío, mire! —grité.

—¡Sí!, son llamas sulfurosas, nada más natural en una erupción.

—¿Y si nos atrapan?

—No nos atraparán.

—¿Y si nos ahogamos?

—No nos ahogaremos. El agua ha desaparecido. Ahora solo hay una pasta de lava que nos sube con ella hasta el orificio del cráter.

El agua, efectivamente, había desaparecido y la temperatura, que no dejaba de subir, era ya insoportable.

Hacia las ocho de la mañana se produjo algo inesperado. Nos detuvimos.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Una parada —respondió mi tío.

—¿La erupción se ha calmado?

—Espero que no —contestó.

La columna de piedras, cenizas y escorias había dejado de subir, pero pronto se reanudó la ascensión. Subimos rápidamente otros dos minutos y volvimos a detenernos.

—Estamos en un volcán cuya erupción es intermitente. Nos deja respirar con él.

La operación se repitió varias veces, no sabría decir cuántas, y, cada vez que ocurría, la fuerza que nos empujaba hacia arriba era más violenta. Nos lanzaba como si fuéramos un auténtico proyectil. No sé muy bien lo que ocurrió después. Recuerdo confusamente las explosiones y el girar vertiginoso de la balsa ondulando sobre las olas de lava bajo una lluvia de

cenizas. Vi una última vez la cara de Hans en los reflejos del fuego y tuve la sensación de estar en la boca de un cañón en el momento del disparo.

## Capítulo XXII

### **Al fin, en la superficie**

Cuando volví a abrir los ojos, sentí el brazo de Hans que me agarraba por la cintura. Con la otra mano estaba sujetando a mi tío. Estábamos en la ladera de una montaña al borde de un precipicio. Hans me había salvado de una muerte segura al rodar por la falda del cráter.

—¿Dónde estamos? —preguntó mi tío, que parecía enfadado por haber vuelto a la superficie.

Hans se encogió de hombros.

—En Islandia —dije.

—*Nej* —respondió el guía.

—¿Cómo que no? —exclamó el profesor.

Estábamos a mitad de la ladera de una montaña quemada por el sol. Habíamos salido medio desnudos del cráter, y el astro radiante, del que no habíamos sabido nada desde hacía dos meses, nos regalaba el calor espléndido de sus rayos.

Cuando se nos acostumbraron los ojos a la nueva luz, pudimos ver el paisaje que se extendía ante nosotros.

—En efecto, esto no se parece a Islandia —dijo el profesor—. Mira, Axel, mira.

Por encima de nuestras cabezas, a quinientos pies, se abría el cráter de un volcán por el que, a cada rato, tras una explosión, salía una columna de llamas, piedras, cenizas y lavas, cubriendo las laderas de la montaña. Más allá se extendían campos de verdes árboles, entre los que podían distinguirse olivos, higueras y viñas cargadas de uvas. Desde luego, no era el paisaje de Islandia. Al este, se divisaba un pequeño puerto y algunas casas, junto a las cuales se balanceaban los barcos suavemente al rumor de las olas. Hacia el oeste, en el horizonte, asomaba una costa con perfil de

montañas azules, y, un poco más lejos, un cono prodigiosamente elevado sobre cuya cumbre se agitaba un penacho de humo. Al norte, solo se veía el mar azul inmenso y brillante iluminado por el sol, y en él algún mástil o una vela hinchada por el viento.



—¿Dónde estamos?, ¿dónde estamos? —repetía yo a media voz.

Hans cerraba los ojos con indiferencia y mi tío miraba sin poder comprender.

—Cualquiera que sea esta montaña —dijo por fin—, sería una pena que, después de haber escapado de una erupción, ahora nos cayera una piedra sobre la cabeza. Además, me muero de hambre y de sed.

Yo me habría quedado unas horas en aquel lugar, pero tuve que seguir a mis compañeros. Bajamos entre riachuelos de lava sin parar de hablar un momento por la excitación. Teníamos la campiña a la vista, y en dos horas de marcha nos encontramos rodeados de olivos y de granados. No lejos, entre la sombras, descubrí un manantial, y paramos a refrescarnos. Mientras descansábamos junto a la fuente, apareció un niño entre los árboles. Era un niño vestido con ropas muy pobres, y, al vernos, pareció asustarse. Estábamos medio desnudos, con barba de semanas y muy mal

aspecto, así que, al acercarnos, echó a correr. Hans, sin embargo, fue tras él y consiguió atraparlo, a pesar de sus gritos y sus patadas.

Mi tío intentó calmarlo y le dijo en buen alemán:

—¿Cómo se llama esta montaña, pequeño?

Pero el niño no respondió.

—Bueno —dijo mi tío—, no estamos en Alemania.

Le repitió la pregunta en inglés, pero tampoco hubo respuesta, y finalmente en francés.

—Será mudo —exclamó el profesor, orgulloso de su dominio de los idiomas.

El niño siguió en silencio.

—*Dove noi siamo?* —preguntó en italiano.

—Sí, ¿dónde estamos? —repetí yo con impaciencia.

Mi tío entonces agarró al niño por las orejas y lo sacudió diciendo:

—¡Verás cómo ahora sí vas a hablar! *Come si noma questa isola?*

—Stromboli —respondió por fin la criatura escapando y echando a correr entre los olivos.

Ni siquiera lo habíamos imaginado. ¡El Stromboli! ¡Estábamos en pleno Mediterráneo! La antigua Strongyle donde Eolo tenía encadenados a los vientos y las tempestades. Y las montañas eran las de Calabria, y el volcán en el horizonte, el Etna, el mismísimo Etna.

—Stromboli, Stromboli —decía yo, y mi tío repetía conmigo como si estuviéramos cantando a coro.

¡Ah, qué viaje! Habíamos entrado por un volcán y salido por otro a más de doscientas leguas en otro lado del mundo.

Después de una comida deliciosa de frutas y agua fresca, nos pusimos en camino de nuevo hacia el puerto de Stromboli. Decidimos no contar cómo habíamos llegado a la isla, porque el espíritu supersticioso de los italianos nos habría creído demonios venidos del infierno.

Mi tío no dejaba de murmurar durante el camino:

—Pero la brújula marcaba el norte. ¿Cómo se explica eso?

—Eso es muy fácil, no hace falta explicarlo —dije sin darle importancia.

—¡Qué vergüenza! Un profesor del Johannaem que no sabe explicar una cosa tan simple como esa.

Después de una hora de marcha, llegamos al puerto de San Vincenzo. Allí Hans reclamó su paga de la semana. Mi tío se la entregó con un caluroso apretón de manos. En aquella ocasión, si no llegó a compartir nuestra emoción, al menos, dejó asomar una ligera sonrisa.

## Capítulo XXIII

### **Una respuesta para un enigma**

Este es el final del relato. Y seguro que se negarán a creerlo los que acostumbran a no asombrarse de nada.

Los pescadores nos recibieron como a náufragos. Nos dieron vestido y comida, y tras dos días de espera, el 31 de agosto, un barco nos llevó a Mesina, donde descansamos hasta reponernos de todas nuestras fatigas.

El viernes 4 de septiembre, embarcamos a bordo de un paquebote<sup>[25]</sup> de correo de la mensajería imperial de Francia. Tres días más tarde arribamos a Marsella, sin otra preocupación en la cabeza que la maldita brújula. No podía dejar de pensar en ella. El 9 de septiembre por la noche llegamos a Hamburgo.

No puedo describir la sorpresa de Marta y la alegría de Graüben.

—Ahora que eres un héroe —me dijo mi novia querida—, ya no tendrás que abandonarme, Axel.

La miré. Lloraba al tiempo que sonreía.

Gracias a Marta, todo Hamburgo se había enterado del viaje del profesor Lidenbrock al centro de la Tierra y la noticia se había difundido por el mundo entero. Nadie quiso creerlo y cuando volvieron a verlo tampoco. Sin embargo, la presencia de Hans y las informaciones llegadas de Islandia hicieron cambiar poco a poco la opinión pública.

Entonces, mi tío se convirtió en un gran hombre, y yo, en el sobrino de un gran hombre, lo que ya es algo. Hamburgo dio una fiesta en su honor, y en el Johannaem tuvo lugar una sesión pública, en la que el profesor dio una conferencia sobre su expedición sin omitir ningún detalle salvo el de la brújula.

La única pena de estos días fue la marcha de Hans. A pesar de nuestros ruegos, no nos dejó pagarle la deuda que habíamos contraído con él. Le

pudo más la nostalgia de Islandia.

—*Färval* —dijo un día, y con esta única palabra de despedida partió para Reikiavik.

Acabamos unidos de una manera muy especial a nuestro valiente guía. Nunca lo olvidaremos y, desde luego, no moriré sin volver a verlo.

Para terminar, debo añadir que este *Viaje al centro de la Tierra* causó una enorme sensación en todo el mundo. Fue imprimido y traducido a todas las lenguas, y los principales periódicos publicaron los episodios más importantes, que fueron comentados, discutidos, atacados y apoyados con igual convicción por los incrédulos y los creyentes. Tanta fama alcanzó mi tío en vida, que el señor Barnum<sup>[26]</sup> le propuso exhibirlo por los Estados Unidos a cambio de una gran cantidad de dinero.

Solo un detalle le impedía ser completamente feliz. La brújula. Pero el cielo le reservaba la felicidad más completa.

Un día, mientras ordenaba una colección de minerales en su gabinete, vi la famosa brújula y me puse a observarla. Desde hacía seis meses estaba allí en un rincón. Fue entonces cuando me di cuenta de que había algo en ella algo anormal. Cómo sería mi grito de sorpresa, que el profesor acudió a toda prisa creyendo que había sucedido algo.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—La brújula.

—¿Qué?

—¡Que la aguja marca el sur y no el norte!

—¿Qué dices?

—Mire, sus polos están cambiados.

—¡Cambiados!

El salto de mi tío hizo temblar la casa.

—¿Entonces, desde nuestra llegada a cabo Saknussem, la aguja de esta maldita brújula marcaba el sur en lugar del norte?

—Evidentemente.

—Ahora entiendo nuestro error —dijo—. Pero ¿qué pudo producir la inversión de los polos?

—Nada más simple, querido tío.

—Explícate, muchacho.

—La tormenta. Durante la tormenta, en el mar de Lidenbrock, aquella bola de fuego que imantaba el hierro de la balsa simplemente desorientó nuestra brújula.

—¡Ah! —exclamó el profesor rompiendo a reír—. ¿Entonces, no fue más que una jugarreta de la electricidad?

A partir de aquel día, mi tío fue el más dichoso de los sabios, y yo el más feliz de los hombres. Me casé con mi linda virlandesa, que dejó de ser pupila en la casa de Königstrasse y se convirtió en sobrina y esposa. No es necesario decir que su tío fue el ilustre profesor Otto Lidenbrock, miembro de todas las sociedades científicas, geográficas y mineralógicas de las cinco partes del mundo.



# Apéndice

## **El autor.**

Julio Verne nació en Nantes en 1828 como primer hijo de una familia burguesa. Su padre había pensado para él en una carrera de abogado y le hizo estudiar Derecho. Esto le obligaba a viajar a París anualmente para examinarse, pero después de su primera estancia allí, Julio empieza a pensar en una vida bien diferente. Pide a su padre que le permita trasladarse a la capital para seguir estudiando y ya nada será lo mismo. Conoce a Alejandro Dumas, autor de *Los tres mosqueteros*, se hace amigo de su hijo, el autor de *La dama de las camelias*, y decide que será escritor.

Termina sus estudios por obediencia a su padre, pero, después, en contra de su parecer, se queda en París a probar fortuna con la literatura. Escribe poemas a un amor imposible y algunas obras de teatro, que logra estrenar sin demasiado éxito. Son años de estrecheces. Prefiere vivir con modestia y hacer lo que le gusta. En 1857 se casa y comienza a trabajar en la Bolsa. Dos años más tarde, hace su primer viaje, a Escocia esta vez, y escribe su primera novela de literatura científica, *París, siglo xx*, una visión futurista sobre el París del siglo siguiente. A su editor le parece muy pesimista y le recomienda no publicarla, pero pocos años después llega *Cinco semanas en globo*, y parece que Verne ha encontrado su camino.

El resto de su vida transcurrió entre un éxito literario que le proporcionó fama y dinero y el fracaso de una familia que demasiadas veces le supuso un estorbo en sus dedicaciones. Publicó más de cincuenta novelas en vida y algunas más que, recompuestas por su hijo a partir de sus papeles, vieron la luz después de su muerte. Hizo adaptaciones al teatro de algunas de ellas, y escribió también algunos dramas, comedias y cuentos. Viajó por todo el mundo, y finalmente se instaló en Amiens, donde fue concejal durante más de una década. El reconocimiento en sus últimos años fue general. Murió en 1905.

## **Su época: ciencia y aventura.**

Julio Verne vivió, de principio a fin de su vida, casi todo el siglo XIX. Cuando empieza a escribir a mitad de siglo, Francia ha experimentado una tremenda revolución social, la de 1848, que él conoce durante sus años en París. Llega entonces la monarquía de Napoleón III y una larga época de prosperidad. Especialmente en Francia habían surgido las primeras ideas socialistas y la creencia de que los beneficios del progreso debían extenderse a toda la población. Hombres como el conde Saint-Simon y Charles Fourier habían trabajado por nuevas formas de organización social más igualitarias. Se confía en el progreso y en la capacidad de los hombres de construir un mundo mejor. Se extiende el optimismo y la necesidad de transmitirlo a los demás. El progreso científico llega a la vida cotidiana. La ciencia lleva mucho camino recorrido durante el último siglo y debe dedicarse ahora a comunicarse con el resto del mundo.

El siglo XIX es también el siglo del desarrollo de los medios de transporte. El ferrocarril y los barcos de vapor acortan las distancias, y con ellos los científicos se lanzan a la exploración de tierras desconocidas. Se fundan por toda Europa sociedades geográficas que organizan viajes científicos por África, Asia y América. Se crean, además, grandes compañías mineras que se lanzan a la explotación de yacimientos por todo el globo. Es un mundo que Verne retrata a la perfección en su novela *Aventuras de tres rusos y tres ingleses en el África austral*, la historia de una expedición que parte con el objetivo de medir la longitud del meridiano terrestre.

En biología, el XIX es el siglo de Darwin y su teoría de la evolución de las especies y la selección natural. El joven Darwin se había embarcado, en principio, como mero acompañante en un viaje que tenía como objetivo hacer un mapa de las costas de América del Sur, pero su observación de las especies animales en las regiones que recorre le permiten formular su revolucionaria teoría. Y con el hallazgo de restos de animales antiguos en las nuevas exploraciones llega la difusión de la paleontología, el

descubrimiento de los primeros dinosaurios y la primeras reconstrucciones de fósiles que empiezan a ocupar los museos en todo el mundo. Es famosa, por ejemplo, la labor que hicieron en Estados Unidos los investigadores Cope y Marsh, primero amigos y después acérrimos enemigos en una feroz carrera por el descubrimiento de dinosaurios, que acabó por recibir el nombre de «guerra de los huesos» y que los arrastró a ambos al insulto público, a acusaciones mutuas de falsedad y a los tribunales. Como resultado de su alocada enemistad quedó durante años una buena colección de dinosaurios confundidos y mal clasificados, aunque sus aportaciones superaron con creces a sus errores.

De todo esto hay en *Viaje al centro de la Tierra*. La novela entera está empapada de este espíritu emprendedor y optimista, ansioso de descubrimientos y novedades. Continuamente leemos acerca de aparatos de Ruhmkorff, barómetros y manómetros, brújulas que sorprendentemente dejan de funcionar y todo tipo de observaciones y mediciones. El profesor Lidenbrock que describe Verne es «un sabio egoísta, un pozo de ciencia del que costaba sacar cualquier cosa», y anda tan ensimismado en su sabiduría que ni siquiera echa cuenta de sus alumnos. Verne hace un retrato amable de los hombres de ciencia; el profesor es el típico sabio distraído pero bonachón, al que solo las cuestiones científicas pueden sacar de sus casillas. Lo vemos enfurecido cuando no puede resolver un problema, cuando no consigue sacar adelante alguno de sus proyectos, o cuando se enzarza en una disputa con un colega acerca de alguna nueva teoría.

Por otra parte, en las novelas de Julio Verne, los viajes siempre tienen una importancia esencial. Convierten la mera aventura científica en algo que va más allá, y que es una representación de la propia vida y sus experiencias. La aventura, en las novelas de Verne, es como un ritual de iniciación para el joven Axel. Pero no se trata solo de una importancia simbólica. En la narración, los detalles de los viajes reciben una gran atención: los transportes que usan los protagonistas, el tren, el barco, los detalles de las travesías, el trasiego de los equipajes, las estaciones, las peripecias del

camino... En nuestra novela seguimos el recorrido en tren desde Hamburgo hasta Copenhague y luego en velero hasta Islandia. Se detalla el paso de los estrechos que llevan del Báltico al mar del Norte y también el aspecto de las calles y de las casas de las ciudades que se visitan. Verne quiere que, como lectores, sintamos la experiencia del viaje tanto como sus protagonistas.

Por terminar con estos ejemplos de cómo los *Viajes extraordinarios* de Verne conectan con el ambiente intelectual de su época, hablemos de la biología. Como has podido leer, también Lidenbrock y su sobrino Axel conocen la pasión por la biología, por la evolución de las especies y el origen del género humano. Interpretan los restos fósiles que encuentran en su camino y disputan sobre especies del pasado ya desaparecidas: saurios, megaterios, monos primitivos o peces prehistóricos. En sus diálogos hablan del curso de algunas investigaciones de actualidad en su momento y de los museos científicos donde se albergan los últimos descubrimientos.

Quizá ahora podamos entender mejor el sentido del calificativo que se da a las novelas de Verne. No se trata de ciencia ficción, sino más bien de novelas científicas.

### **Verne y la novela de su tiempo.**

Sin duda, el siglo XIX es, además, el siglo de la novela como género literario. En una sociedad que tiene muchas cosas que contar y un público cada vez más numeroso al que hacerlo, la novela se convierte en la herramienta perfecta. Quizá podamos decir que ocupa el lugar de la televisión hoy en día, aunque sin duda no era tan absorbente como esta. La novela decimonónica por excelencia es una novela total, globalizante, que pretende transmitir la realidad del mundo en toda su complejidad. A menudo, se detiene mucho en el detalle porque usa de todas las armas a su alcance para meter de lleno a lector en su historia.

La novela se concibe, por tanto, en mucha mayor medida que hoy, como un instrumento de aprendizaje y conocimiento. Cuando

Hetzel, el editor, le propone a Verne la idea de una serie sobre *Viajes extraordinarios*, piensa en ella como una colección orientada al público juvenil, y, por tanto, pensada para sus gustos y necesidades. Por eso hay elementos que se repiten en todas ellas, como la aventura y el viaje de iniciación, el placer de las grandes empresas, la introducción al mundo de la ciencia, el conocimiento más o menos detallado de algún aspecto particular de ella, la presentación de un futuro novedoso a través de la propia aventura.

Las novelas de Julio Verne, en definitiva, que son novelas de aventuras, pretenden ser además novelas de iniciación juvenil, o de paso de la vida adolescente a la vida adulta. Se trata de exponer en ellas la transformación que sufre a lo largo del viaje el joven protagonista para convertirse definitivamente en adulto. Estas son las claves de la aventura en el *Viaje al centro de la Tierra*, un viaje que hemos de entender como una historia de prueba personal y superación para un joven, que, a pesar de las debilidades y dudas propias de su edad, se ve arrastrado inevitablemente a ser ya un hombre.

## Notas

- [1] *Virlandesa*: natural de Vierlande, región próxima a Hamburgo.
- [2] *Pulgada*: unidad de longitud equivalente a 2,54 centímetros.
- [3] *Pie*: medida de longitud equivalente a unos 30,5 centímetros.
- [4] *Crampón*: pieza de metal con púas que se sujeta a la suela de la bota para escalar o caminar sobre el hielo o la nieve.
- [5] *Piqueta*: Herramienta de mango de madera y cabeza metálica con dos extremos opuestos, uno plano como de martillo, y otro aguzado como de pico.
- [6] *Belt*: estrechos que comunican el mar Báltico con el mar del Norte.
- [7] *Skagerrak*: otro de los estrechos que conducen desde el mar Báltico al mar del Norte.
- [8] *Milla*: medida de longitud que puede ser variable según las regiones, y que equivale a unos 1600 metros.
- [9] *Legua*: antigua medida de longitud variable según los países y regiones. La francesa equivalía a 4440 metros.
- [10] *Fuco*: alga parda abundante hoy día en las costas.
- [11] *Licopodio*: planta rastrera de hojas gruesas que crece en lugares húmedos y sombríos.
- [12] *Trilobites*: artrópodos marinos, ya extinguidos, que habitaron la Tierra durante más de 300 millones de años. Se conocen más de 4000 especies distintas de ellos y son los fósiles más conocidos.

[13] *Ganoideos*: orden de peces con esqueleto óseo o cartilaginoso, boca ventral y escamas con brillo de esmalte, entre los que está el esturión.

[14] *Saurópteros*: saurios anfibios y alados, antepasados de los dinosaurios.

[15] *Toesa*: antigua medida de longitud francesa equivalente a 1946 metros.

[16] *Náyade*: divinidad femenina que habita en los ríos y las fuentes.

[17] *Rixdal*: moneda de plata usada desde el siglo XVI en el norte de Europa.

[18] *Lepidodendros*: árboles prehistóricos de hace unos 300 millones de años que se caracterizaban por tener el tronco cubierto por una corteza de escamas.

[19] *Sigilarias*: planta con forma de árbol y hojas con esporas como los helechos que pobló la Tierra hace entre 350 y 400 millones de años.

[20] *Mastodonte*: extinto mamífero con trompa lejanamente emparentado con los elefantes, que vivió hace unos 20 millones de años.

[21] *Dinoterio*: mamífero con trompa de la familia de los elefantes, que vivió hace unos 15 millones de años.

[22] *Megaterio*: mamífero de la familia de los actuales perezosos, que vivió hace 5 millones de años.

[23] *Géiser*: fuente de agua caliente intermitente en forma de surtidor.

[24] *Libra*: medida de peso equivalente a 450 gramos, aproximadamente.

[25] *Paquebote*: barco de correo que suele llevar pasajeros también.

[26] *Barnum*: famoso artista y empresario de circo estadounidense del siglo XIX que llegó a hacer una gran fortuna.

# Índice de contenido

## Introducción

### Viaje al centro de la Tierra

- I. En la casa de Königstrasse
- II. Un sorprendente descubrimiento
- III. Los preparativos
- IV. Graüben
- V. En marcha
- VI. Por fin en Islandia
- VII. Con Hans rumbo al Sneffels
- VIII. En el Sneffels
- IX. ¡Al centro de la Tierra!
- X. Caminando en las profundidades
- XI. Sin agua
- XII. Perdido
- XIII. Juntos de nuevo
- XIV. Un océano subterráneo
- XV. Un viaje al pasado
- XVI. Tempestad
- XVII. Al fin, tierra
- XVIII. Hombres antediluvianos
- XIX. Tras las huellas de Saknussem
- XX. Pólvora
- XXI. En manos del volcán
- XXII. Al fin, en la superficie
- XXIII. Una respuesta para un enigma

## Apéndice

## Notas